



EPOCA 4.<sup>a</sup> — AÑO XII. — TOMO X.

NUMERO 20. — Madrid 15 de Julio de 1887.

NUMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	16 rs.
Seis meses.....	30 »
Un año.....	60 »
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fs.
Un año.....	4 »

PROPIEDAD  
DEL ASILO DE HUÉRFANOS  
DEL  
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 »
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	3 1/2 ps. fs.
Un año.....	6 »

#### SUMARIO

TEXTO. — *La decena*, por M. Ossorio y Bernard. — *Los grabados*. — *La alborada*, por Juan V. de Araquistain. — *Solemne recepción del nuevo Nuncio de Su Santidad*. — *El Padre Santo ante las ofrendas de la caridad*, por Antonio F. Grilo. — *Delante de la Cruz*, por Donoso Cortés. — *Oscurantismo del clero católico*. — *Imitación de los Santos*, por Ventura de la Vega. — *Marisaltos*, por Fidel Fita. — *Andrés el pescador*. — *El Arte religioso*, por M. de A. — *Jubiléo Sacerdotal de Su Santidad León XIII*. — *Noticias*. — *Necrología*.  
GRABADOS. — *Fray José Domingo Martínez, Provincial de la orden de Predicadores*. — *Real Sitio de San Ildefonso (la Granja)*. — *San Antonio de Padua con el Niño Dios*.

#### LA DECENA

**D**oco importa el conocimiento de la causa para deplorar hondamente los efectos. El motín, que parecía desterrado de nuestras costumbres, ha asomado nuevamente su repugnante cabeza en algunos puntos del territorio, señalando su paso con la paralización de las industrias, los temores del comercio y la intranquilidad de las familias. Los gritos subversivos se han repetido con escándalo, y el fuego ha reducido a cenizas las casetas de consumos y los documentos y valores de la renta. Impotente la autoridad civil para reprimir el motín, ha tenido que ceder sus veces a la militar, y la fuerza pública se ha visto en la dolorosa necesidad de hacer uso de las armas, a consecuencia de lo cual hay que lamentar algunos muertos y heridos. Tristísimo es que para llegar al triunfo del derecho público hayamos recorrido tan corta jornada, que en pleno año de 1887 se escuche como hace diez y hace veinte el grito de ¡abajo los consumos!; y las turbas recorran las poblaciones, llevando cordeles para arrastrar a algún individuo, y termine la función con el incendio de inofensivos artefactos, hasta el momento clásico en que la autoridad militar convence a los amotinados con la elocuente voz de los fusiles y el peso de las cargas de caballería. Afortunadamente el motín, ó mejor dicho, los motines, no han revestido la gravedad que en un principio pudo atribuírseles; y si bien es cierto que los elementos revoltosos han logrado lo que querían en el orden económico, por lo menos hay que agradecerles que no hayan señalado estos días con el asesinato de los pobres arrendatarios que habían contratado una renta creyéndose amparados por la autoridad. Uno de los personajes de un drama célebre decía:

Me destierra... pudo ahorcarme...  
Con que ¡mejor que mejor!

Algo parecido podemos decir nos-

otros: el motín pudo asesinar a indefensos ciudadanos y se ha limitado a atizar hogueras y a hacer ensayos de la aplicación del petróleo a las casetas de consumos... Con que ¡mejor que mejor!

Lo necesario ahora es que el mal no sea contagioso, ni tenga el grito del motín otros ecos que los que ya ha tenido en las poblaciones inmediatas. Consideran los señores revolucionarios que todavía no se ha celebrado el aniversario del último pronunciamiento militar y que eso de andar a tiros no es cosa para todos los días en una nación que aspira a la consideración de figurar entre las civilizadas.

\*\*\*

Y dicho sea ahora en honor de los alborotadores valencianos: si ellos no hubieran restablecido el imperio del motín, dando asunto para llenar las columnas de los periódicos, ¿qué suceso hubiera podido registrarse en estos últimos días? Los madrileños especialmente no disponemos siquiera de un hecho de regular importancia que rompa la monotonía de esta época del año.

Que ha habido un incendio en la Fábrica de Ta-

bacos, no sabemos si en son de protesta contra el arrendamiento de los mismos ó para demostrar palpablemente al público que procede con injusticia cuando dice que los cigarros son incombustibles.

Que ha sido sorprendido el *Rata tercero* robando un reloj y ha ingresado en el *Abanico*.

Que ha salido de él.

Que ha ingresado en el mismo establecimiento un periodista.

Y que no ha salido.

Que en la taberna de la calle A., de la plaza B. y del camino C. se han originado otras tantas contiendas, y que, á consecuencia de ellas, la navaja madrileña, rasgando tejidos y penetrando vísceras, ha dado regular contingente á los hospitales y cementerios.

Que en la noche del lunes se apalearon unos caballeros en el Jardín del Retiro, y la noche del martes hicieron otros lo propio en el Circo de Price, y la noche del miércoles se repitió la escena en el Hipódromo, y la del jueves en el Salón del Prado...

Que unos amantes han huido y otros han vuelto á la casa paterna.

Que el suicidio sigue resolviendo muchos problemas para los individuos que recorren el camino de la vida sin el dulce apoyo de la fe.

Sucesos menudos todos ellos, que pueden servir para llenar la sección noticiosa de un periódico diario; pero no dar ocasión á una crónica de más dilatado período de tiempo. Fuera de ellos, sólo el calor que se deja sentir como muy pocas veces constituye el tema de actualidad.

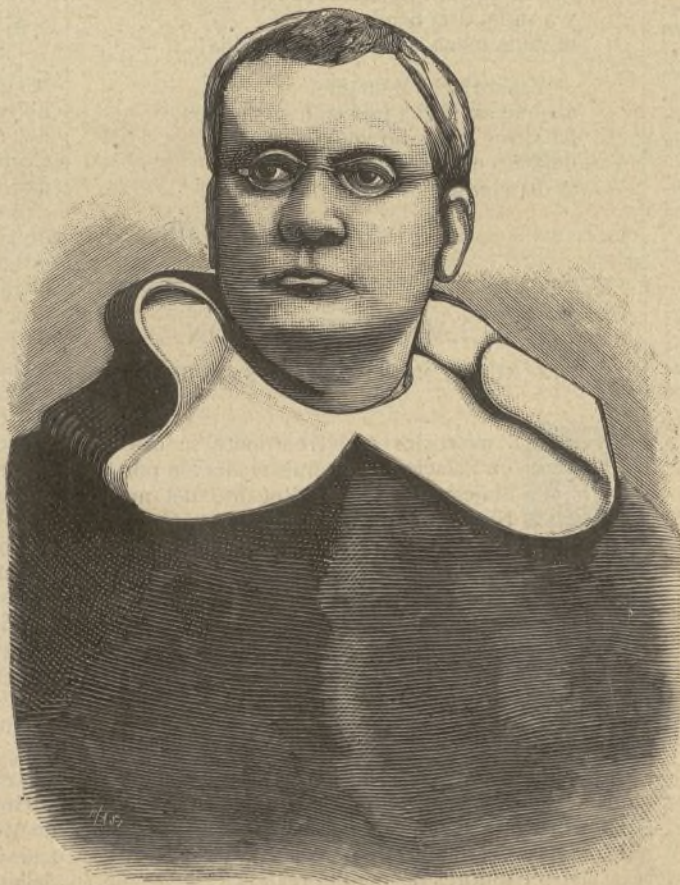
Gracias á él, los vecinos de los barrios bajos han renunciado al techo protector de sus viviendas, y en pintorescos grupos se sitúan en aceras y arroyos de las calles, consagrándose á la música, á la murmuración y aun al sueño.

Gracias á él, muchos ciudadanos han trasladado su domicilio nocturno á las sillas del Prado y á los bancos de piedra de la Castellana.

En el templo de las leyes, en los Ateneos, en las Academias y Bibliotecas y especialmente en las oficinas, las persianas de los balcones constituyen la mejor defensa contra el calor, y á su sombra roncan tranquilamente cuantos por obligación ó capricho acuden á ellos por el día.

En las casas de baños hay que formar cola para zambullirse por turno en sus estrechas pilas; en el Manzanares son ya muchísimos los madrileños que se secan el sudor natural con sus arenas, y más de un aguador, al ir á llenar la tinaja de una casa, ha retrocedido con terror, viendo salir de ella al respetable inquilino que la ocupa en las horas de más calor.

Con la venida y el ejemplo de los igorrotos son muchos los madrileños



FRAY JOSÉ DOMINGO MARTÍNEZ,  
Provincial de la Orden de Predicadores.



que han adoptado su traje elemental para andar por casa, y hay padres de familia que apoyan resueltamente esta tendencia, en odio á los sastres y á las modistas.

Las gentes que forzosamente necesitan andar por las calles en el centro del día utilizan los cientos de despachos de bebidas inglesas recientemente establecidos en Madrid, con lo cual logran que no se les corte la traspiración que les acompaña desde su salida de casa.

Y los infinitos vecinos que se ausentan, para veranear, encajándose en incómodas diligencias, y recibiendo el sol que les inunda y el polvo que prodigamente les regala el trote de las caballerías, oprimidos unos contra otros, jadeantes y en vías de adquirir una insolación, dicen limpiándose el sudor que les cae desde la frente á las rodillas:

— ¡Esto ya es otra cosa! ¡Así siquiera se respira!

M. OSSORIO Y BERNARD.

## LOS GRABADOS

FRAY JOSÉ DOMINGO MARTÍNEZ,

Provincial de la Orden de Predicadores.

Nació en Monasterio, pintoresco y alegre pueblecillo del Occidente de Asturias, el 22 de Enero de 1844, y fué uno de los primeros jóvenes que acudieron al llamamiento de los Rdmos. Orge y Larroca para la restauración de la provincia de España, ingresando, al efecto, en el recién abierto colegio de Corias. Pronunciados los votos religiosos, terminada su carrera literaria y seguidamente ordenado de Sacerdote, fué agregado en calidad de Lector al Cuerpo de profesores de la Orden y regentó su propia cátedra hasta 1879, en que fué elegido Rector del colegio.

Terminado el trienio de su cargo, volvió el Padre Martínez á su cátedra, la que, á pesar suyo, tuvo que abandonar antes de finalizarse el curso académico de 1883 á 84, por haber recaído sobre él la elección de Prior provincial verificada en el último Capítulo celebrado en el convento de Nuestra Señora de las Caldas por la Pascua de 1884.

REAL SITIO DE SAN ILDEFONSO (LA GRANJA).

Este Sitio Real fué fundado en 1720 por el Rey Felipe V en la falda de los montes carpatos, en la provincia y Diócesis de Segovia, de cuya capital dista dos leguas. Los jardines son magníficos y han hecho dar al Real Sitio el dictado de Versalles español. El Palacio encierra grandes riquezas en pinturas, bronce y mármoles, y su fachada principal, que da frente á los jardines, fué delineada por el célebre arquitecto Juan Bautista Sachetti.

Siguiendo la costumbre de anteriores años, la Corte se ha trasladado ya este año al Real Sitio. Acompañan á Sus Majestades y Altezas la camarera mayor, Sra. Duquesa de Medina de las Torres, la Marquesa de Nájera, los Duques de Medina Sidonia y Sexto, los Condes de Bilbao, de Sepúlveda y de Morphy; los doctores Riedel, Ledesma y Sánchez Ocaña, y el farmacéutico de Cámara Sr. Municio; los gentiles hombres del interior Sres. Conde de Fuente el Salce y D. Angel Berand; dos ayudantes de campo y dos de órdenes; los Secretarios de Mayordomía y Camarería mayor señores Bremón y Canale, y el oficial primero D. Carlos Llorde; el Director de Caballerizas y los caballerizos de campo D. Federico Zappino, D. Fernando Moreno y Marqués de Beniel; cuatro Monteros de Espinosa; los encargados del gabinete telegráfico, Sres. Torres y Campos; el oficial de la Secretaría particular Sr. Careaga, y el de la Inspección D. Eugenio García.

Una compañía de Alabarderos al mando del coronel capitán D. Francisco Aleu y el escuadrón de la Escolta Real prestarán el servicio de su instituto.

SAN ANTONIO DE PADUA CON EL NIÑO DIOS.

Este cuadro, uno de los más característicos del pincel de Murillo, se conserva en el Museo de Sevilla, y recuerda involuntariamente al gran lienzo de la catedral, que hace años fué robado de su mismo altar, recuperándose al cabo y siendo objeto de una prodigiosa restauración.

## LA ALBORADA

La noche huyó, Clarea  
la aurora entre las brumas del Oriente,  
el pájaro gorjea,  
la brisa el monte oreo,  
las flores embalsaman el ambiente!

Levántase opulento,  
y agita el sol su ardiente cabellera,  
y á su fecundo aliento  
respiran de contento  
el hombre, el ave, el campo y la ribera!

¡Todo vive y palpita!  
Canta el pastor corriendo entre la escarcha.  
El ganadero grita,  
el labrador se agita,  
vuelve el viajero á reanudar su marcha.

Rasgando el leve viento,  
llena el espacio la jovial campana.  
Y todo es movimiento,  
y júbilo, y contento,  
porque llega risueña la mañana.

Y pájaros y flores,  
brisas y aguas en mágica armonía,  
con cánticos de amores,  
saludan los albores  
del nuevo sol que el Criador envía.

¡Qué bueno es Dios! ¡Oh! Canta...  
Canta, ¡mi corazón! en esta aurora  
su providencia santa.  
Tu humilde voz levanta  
para adorar su mano bienhechora!

¡Arda tu pecho yerto  
ante ese nuevo día que aparece!  
Une tu canto incierto  
al general concierto  
que el Universo á su Señor ofrece.

Por tí, su santa mano  
doma el furor del piélago profundo;  
por tí, ¡mortal insano!  
fecunda monte y llano,  
puebla de luz y de armonía el mundo!

¡Qué bueno es Dios! Se abraza...  
y arde mi corazón de amor henchido  
por su bondad sin tasa;  
y mi mejilla arrasa  
llanto que brota el pecho agradecido!

Pues ese sol que avanza  
vertiendo amores, júbilo y consuelo,  
es iris de esperanza,  
que anuncia en lontananza  
el sol de gloria que ilumina el cielo!

Y pronto... como ahora  
vendrá alegre y risueña otra alborada,  
y el triste que hoy te implora  
verá tal vez esa hora  
desde la sombra de la tumba helada!

¡Ay! si para ese día  
pudiera por la flor de mi inocencia,  
perdida en mar bravía,  
lavar el alma mía  
con llanto de dolor y penitencia!

¡Oh! Escucha, pues, mi ruego  
y perdona mis culpas ¡Jesús mío!  
Si en el mundano fuego  
ardí algún tiempo ciego,  
hoy lloro mi locura y mi extravío!

Y espero en Tí, que enciendes  
la tierra á cada sol de nueva vida;  
que al que te implora atiendes,  
y á su miseria tiendes  
tu santa mano de bondad henchida!

¡Espero! ¡Sí! Y anhelo,  
aunque esa dicha mi razón deslumbra,  
lanzarme en rauda vuelo,  
dejando el triste suelo,  
al día eterno que tu gloria alumbra!

JUAN V. DE ARAQUISTAIN.

## SOLEMNE RECEPCIÓN

DEL NUEVO NUNCIO DE SU SANTIDAD



El miércoles 6 del corriente se celebró en Palacio la solemne recepción por Su Majestad la Reina Regente del nuevo Nuncio de Su Santidad en esta Corte.

El Segundo Introdutor de Embajadores, señor Conde de San Rafael de Luyanó, fué á las cuatro y media á la Nunciatura con objeto de conducir á Palacio á Mons. Di Pietro.

La comitiva se dirigió por las calles del Sacramento, Mayor y Bailén, guardando el orden siguiente:

Coche de París.

Carroza de cifras, tirada por seis caballos negros con penachos granate y blanco; conducía á Monseñor Segna y Vico, Auditores de la Nunciatura.

Carruaje de corona ducal, tirado por seis caballos ingleses castaños con penachos azules.

Cuatro batidores de escolta real.

Un correo.

Carruaje de concha, tirado por seis caballos irlandeses alazanes con penachos blancos; conducía á Mons. Di Pietro y al conde de San Rafael; al es-

tribo derecho, el teniente coronel, jefe de la escolta, y á la izquierda un caballerizo.

Una sección de la escolta real.

La guardia exterior de Palacio hizo los honores presentando armas y tocando la Marcha Real.

Al pie de la escalera, donde estaba formado el real cuerpo de alabarderos ejecutando la marcha tusilera, se apeó el Nuncio, recibiendo los mayordomos de semana y gentiles-hombres de casa y boca.

Llegados á la saleta, el Introdutor dió aviso de la llegada del Nuncio, quien fué introducido en el Salón del Trono con las formalidades de costumbre.

Acompañaban á S. M. el Excmo. Sr. Presidente del Consejo, el Ministro de Estado y los demás señores Ministros, los altos funcionarios de la Real Casa, Gentiles hombres, Grandes de España, Mayordomos de semana y demás servidumbre que asiste á esta ceremonia; y al Excmo. Sr. Arzobispo de Nacianzo el personal de la Nunciatura.

Previamente anunciado por el Señor Segundo Introdutor de Embajadores, Monseñor di Pietro entregó á S. M. el Breve pontificio que le acredita en calidad de Nuncio Apostólico, y pronunció con este motivo el siguiente discurso.

«Señora: Tengo la alta honra de elevar á las Reales manos de V. M. la carta que me acredita como Nuncio Apostólico. El venerable y sapientísimo Pontífice Soberano León XIII me envía como sucesor de un Príncipe de la Santa Iglesia, á quien estima altamente, á una Nación generosa, caballeresca y verdaderamente católica, acreditándome cerca de una Reina que ennoblece el Trono con el esplendor de sus virtudes. No puedo menos de reconocer que la pequeñez de mis fuerzas no corresponde á la grandeza de mi misión.

«Pero confío en Dios, cuya ayuda tiene esperanza de obtener siempre quien defiende y ampara, como es mi deber, los sacrosantos intereses de la Religión.

«Consagraré, además, toda clase de esfuerzos y de solicitud á mantener y hacer, si es posible, más estrechas y cordiales las relaciones que felizmente existen entre la Santa Sede y el Gobierno de V. M., persuadido de que la concordia que reina entre ambas Potestades proporciona, tanto á la Iglesia como al Estado, ventajas cuyo precio á nadie puede ser indiferente. El logro de mis deseos será mucho más fácil con el poderoso auxilio que me lisonjeo he de encontrar en la sabiduría y benevolencia de V. M. y en la leal y eficaz cooperación de su Gobierno.

«Tengo, finalmente, la gran satisfacción de asegurar á V. M. que mi Augusto Soberano, el Supremo Jefe de la Iglesia, desea ardientemente la mayor suma posible de prosperidades para el Reino de España, y que sus sentimientos hacia V. M., su Augusto Hijo y toda la Real Familia son verdaderamente de especial cariño y de afecto paternal.»

S. M. la Reina se dignó contestar:

«Señor Nuncio: A las muchas pruebas del interés que por el engrandecimiento del pueblo español y por el bien de mi Real Familia tengo recibidas del Venerable Pontífice que os acredita ante mi Corte, se une el nuevo testimonio que de su bondad me ofrecen vuestras palabras. De ellas me felicito muy cordialmente, pues aunque en la historia de la Católica España el acuerdo entre las dos Potestades ha sido rara vez interrumpido, quizás en ninguna época se ha mostrado más patente que en la actual el interés del Santo Padre por los españoles, y el respeto y cariño que á ellos inspiran las altas y esclarecidas dotes del Pontífice y los señalados servicios que de El recibe la causa de la civilización.

«Continuad, pues, confiadamente la obra de vuestro ilustre predecesor, en la seguridad de que no han de faltarnos, ni las simpatías del pueblo español, ni la cooperación de mi Gobierno.»

Terminada la recepción oficial, el Excmo. señor Nuncio Apostólico presentó á S. M. el personal de la Nunciatura, retirándose con los mismos honores que se le tributaron al dirigirse á Palacio.

Entre las damas que concurrieron á la recepción, recordamos á las señoras duquesas de Medina de las Torres, Alba, Veragua, Osuna y Medina Sidonia; marquesas de Miraflores, Molins y Barbales; condesas de Heredia Spínola, Superunda, Toreno, Guaqui y Medina de Rioseco, y madame Cambon, esposa del embajador de Francia.

Grandes de España asistieron los señores duques de Medina Sidonia, Tetuán, Veragua, Frías y Granada; marqueses de Santa Cruz, Molins, Bedmar, Salamanca y Villamagna, y condes de Toreno, Pinohermoso, Heredia Spínola y Guaqui.

Monseñor Angel di Pietro, Arzobispo de Nacianzo, es varón insigne por su talento y virtudes, habiéndose distinguido notoriamente por su participa-



ción en la obra del restablecimiento de la paz religiosa en Alemania. De los propósitos de que viene animado da clara muestra el siguiente párrafo de una carta recibida días ha por una de nuestros colegas:

«Monseñor di Pietro me ha dicho que en España no hará más que una política: la de León XIII. La situación ha mejorado en estos últimos tiempos, y no hay más que proseguir la obra insigne de monseñor Rampolla: es decir, ejecutar los mandatos del Santo Padre, trabajando por la paz interior de ese país tan destrozado por las facciones políticas.»

Esperamos todos que han de verse cumplidos tan dignos y levantados propósitos.

## EL PADRE SANTO

ANTE LAS OFRENDAS DE LA CARIDAD

Palma de las tormentas vencedora  
Y dócil á los céfiros suaves,  
En himnos dulces ó en plegarias graves  
Reza por todos y por todos llora!  
De la afligida Iglesia redentora  
Conduce al puerto las gloriosas naves,  
En una mano las celestes llaves,  
Y otra extendida en actitud que implora!  
Su apostólica fe, los hondos duelos  
Del corazón que su ternura encierra,  
De todo el mundo lograrán consuelos:  
Que el mundo entero al meditar se aterra  
Que quien tiene las llaves de los Cielos  
Es el primer mendigo de la tierra!

ANTONIO F. GRILO.

## DELANTE DE LA CRUZ

**E**s Dios quien habla á los hombres y les dice:

¿No podéis subir hasta donde está mi gloria? Yo, que soy el Señor de los prodigios, haré el mayor prodigio por vosotros y tendré toda mi gloria donde vosotros estéis. ¿No tenéis ciencia para conocerme? *Creed* en mí, y tendréis más ciencia que los que más me conocen. ¿No tenéis ni ingenio ni letras para convertir á mí la muchedumbre de las gentes? *Desead* que todas las gentes se conviertan á mí, y yo os daré las palmas de la predicación y la gloria del Apostolado. ¿No tenéis agua para los que tienen sed, ni pan para los que tienen hambre? *No importa: pedidme* á mí que los sedientos beban y que los hambrientos coman: y el pan que aplaque su hambre y el agua que temple su sed os serán imputados en el cielo. ¿Estáis cargados de dolencia y de días, y os faltan las fuerzas para las buenas obras? *Desead* padecer: y tened por cierto que vuestra será la gloria de los mártires.

¿No podéis ser misericordiosos? Sed pacientes: y tened por cierto que seréis tan grandes ante mí por vuestra paciencia como los otros por su misericordia. ¿No podéis levantar á mí vuestras manos cargadas de hierros y puestas en prisiones? Levantad vuestra voz, y vuestra plegaria será escrita en el cielo, como si juntamente hubieran levantado á mí la voz y las manos. ¿Sois mudos? No importa: levantad vuestro espíritu á mí, que yo sigo la voz de los espíritus. ¿No sabéis qué cosa pedirme? No importa: porque yo sé lo que os conviene. ¿No sabéis por ventura amar? Pues si sabéis amar lo sabéis todo, porque me sabéis á mí, y lo tenéis todo, porque me tenéis á mí que soy habitante de los corazones que me aman. ¿No recordáis cuando anduve por el mundo?

Hubo entonces en la tierra una mujer adúltera, que era ludibrio de las gentes; sus manos estaban vacías de buenas obras, su alma abrumada de pecados, no entendía cosa de plegarias ni de oraciones, *pero yo la miré*, y se enamoró de mí, y se puso calladamente á mis pies; y allí puesta se convirtieron sus ojos en fuentes de lágrimas; y lloró tanto, que los cielos admiraron su dolor. Nada me ofrecía sino á ella sola; nada me pedía sino á mí; y con esto solo hubieran podido envidiarla, la hubieran envidiado todos los coros de mis ángeles y serafines porque enamoró de ella y la hice mía, y santifiqué con mi presencia el corazón conturbado de la arrepenida pecadora. ¿No soy el que llevé conmigo al Paraíso el alma de aquel santísimo ladrón en la sangrienta tragedia del Calvario? ¿Quién fué jamás ni más culpable, ni más menesteroso que él? Pero al rendir su espíritu le puse en mis manos como yo puse el mío en manos de mi Padre; y así como mi

Padre me recibió, yo le recibí. El Océano de su amor había pasado por la cumbre de sus culpas.

Yo soy aquél que, antes de dejarme ver de los Reyes, me dejó ver de los pastores: y que antes de llamar á mí los abastecidos, llamo á los necesitados. Yo soy aquél que, andando por el mundo di salud á los dolientes, lumbre á los ciegos, limpieza á los leprosos, movimiento á los paralíticos, vida á los muertos. Yo soy aquél que, para dar de beber á los sedientos, hice brotar las aguas de las rocas, y para dar de comer á los hambrientos envié el maná y multipliqué los panes. Yo soy aquél que, puesto entre los pobres y los ricos, entre los ignorantes y los sabios, entre los arrogantes y los humildes, pasé sin decir nada junto á los ricos, sabios y arrogantes, y llamé con tierna voz y amorosa á unos pobres ignorantes y humildes pescadores; y me hice todo suyo y les lavé los pies, y les di mi cuerpo por manjar, y sangre por bebida, que tanta fué por ellos mi querencia.

Nada amé tanto como vuestra pobreza y vuestro amor, después de la gloria de mi Padre. Siendo Soberano Señor de todas las cosas, me despojé de todas ellas para ser uno de vosotros, que no á ningún príncipe del mundo di la gobernación y el mando de mi Iglesia Santísima; y para conferirle aquella suma potestad, no le pregunté lo que tenía ni lo que sabía, sino lo que amaba; no le examiné de licenciado ni de doctor, sino de amante. Yo mismo dejé mi vestidura de Rey y tomé la de siervo. Una mujer fué mi madre, un establo mi aposento: un pesebre mi cuna. Pasé mi infancia en desnudez y en obediencia, viví atribulado: comí el pan de caridad, no tuve un día de reposo: llenáronme de vituperios y afrentas: mis Profetas me llamaron *Varrón de Dolores*, escogí por trono una cruz: descansé en sepulcro ajeno, al entregar mi espíritu á mi Padre os llamé á todos á mí. Y desde entonces no me canso de llamaros: ved cómo tengo en la Cruz, para recibirlos á todos, entrambos brazos tendidos.

DONOSO CORTÉS.

## OSCURANTISMO DEL CLERO CATÓLICO

**E**s una interesante memoria que acaba de presentar á la Sociedad de Ciencias y Artes de Santiago de Chile su dignísimo Presidente, el Presbítero Dr. D. Mariano Soler, extractamos los párrafos que verán nuestros lectores, en los que se pone de manifiesto la repugnante injusticia de Drapper y sus secuaces, que no cesan de tildar á nuestra santa Religión de ignorante, oscurantista y enemiga de las ciencias.

No pretendemos recordar las admirables obras que el sacerdote católico ha escrito acerca de las ciencias dogmáticas y morales. Como este es su propio y casi privativo terreno, contados son los libros referentes á tales ciencias que no hayan sido debidos al ingenio de algún ministro del Señor. Paremos sólo nuestra atención en las ciencias naturales, que los librepensadores no cesan en su estúpida ignorancia de presentarnos en continua pugna con el dogma católico. Desde luego podemos asegurar que no pueden ser contados los nombres de los ilustres sacerdotes que descuellan ó han descollado en nuestro tiempo en tales estudios. ¿Quién no conoce al sabio padre Secchi, lumbrera de la astronomía moderna, inmortal por sus obras *El Sol* y *Las Estrellas*, director, hasta su reciente muerte, del Observatorio romano? En la Exposición de 1877 merecieron medalla de oro el mismo P. Secchi por su *meteorógrafo*, el P. Parsinelli por su *anemómetro-grafo*, el abate Caselli por su *pantelógrafo* y el misionero Petitot por sus trabajos geográficos.

La reciente Exposición de Turín ha servido igualmente para enaltecer al clero católico. Al frente de la Comisión ordenadora se hallaba el P. Denza, autor de unas notables *Memorias* sobre las estrellas fugaces, y otros meteoros luminosos, premiadas en la misma. Más de *veinticinco* sacerdotes italianos han expuesto instrumentos, inventos y trabajos notabilísimos acerca de la astronomía y meteorología. El P. Bertelli ha presentado sus instrumentos y observaciones *microsismométricas*. El P. Secchi, varios instrumentos para estudiar los terremotos, tales como el *sismógrafo*, el *microsismógrafo*, el *avisador sísmico*; el sacerdote Mercatelli, estudios acerca de los volcanes, y Maximiliano, director del Observatorio de Venecia, entre otros trabajos, ha presentado un *mareógrafo eléctrico*.

La última Exposición de Amsterdam ha adjudicado el *gran premio de honor á la ciencia* al autor de la *Flora de Filipinas*, declarando el jurado calificador que ninguna nación como España podía presentar título semejante de gloria. Este autor no

es otro que el Rvdo. P. Fr. Manuel Blanco, religioso agustino.

Nadie negará que son respetados por los sabios los nombres del P. Perry, director del Observatorio de Stonyhurst; del P. Marin, director del de Radcliffe; Lafont, alma del Observatorio espectroscópico de Calcuta; el P. Viñas, director del Observatorio de la Habana; el P. Faura, del de Manila; el P. Dechavrens, que en Zikawei, cerca de Chang-Hai, publica un precioso boletín meteorológico y magnético, tomado de los apuntes del Observatorio de los Padres de la Compañía.

Aquí podríamos recordar sin esfuerzo al P. Bouiller, escritor sobre las estrellas fugaces; Zerpieri, sobre la luz zodiacal; Ferrari, sobre el punto radiante de las estrellas cadentes. A Railard, autor del *multiplicador eléctrico*; el P. Chapey, del telémetro acústico y óptico; P. Allegret, del *contador solar*; P. Vidal, del *alcohómetro perfecto*; P. Filhol, del *electrófono constante*. En fin: á Derbey, Bouloy, Hende Lalanne, Stopanni, Ciampi, Gosppel, Rossetti, etc., etc., coronando esta hermosa pléyade de sabios sacerdotes con la brillante figura del abate Moigno, director del *Cosmos*, y verdadera enciclopedia viviente de ciencias naturales.

Mas veamos particularmente el impulso que á las ciencias naturales ha dado el sacerdocio católico. Empecemos por la más sencilla de todas.

**Geografía.**—Según irrecusable y competente testimonio del gran geógrafo Malte-Brun, las excursiones de impávidos y heroicos misioneros han sido dignas de tanta estima para las ciencias, como las exploraciones de los Magallanes, Cooks y Livingstones. Sin la *brújula*, invención del Diácono Flavio, habría sido imposible el descubrimiento de tierras desconocidas y las empresas marítimas. De los *Anales de la propagación de la Fe* ha sacado preciosos datos la geografía é historia natural.

En Lyon existe un globo terrestre hecho por los religiosos franciscanos, en el que se designan algunos puntos que hoy se creen descubiertos por primera vez, y, con todo, los citados religiosos los conocieron.

En nuestros días el abate Debaize ha partido, con la protección del Gobierno francés, á las exploraciones del Africa, auxiliado por los Padres de la Misión; mientras se acaba de conceder una medalla de oro al misionero Desgedias, por sus importantes exploraciones en las fronteras del Tíber, desde 1855 á 1879.

En los tiempos pasados es sabido que el P. Pevino de Mantua hizo conocer la Rusia al resto de Europa; Sicard, el Egipto, la Armenia y Siria; Bredevent, la Etiopía; Basin, la Persia; llegando á ser el primer médico del rey; Tachard, el Siam; Gerbillón, la Tartaria; y en fin, Du Halde, Ricci, Charlevoix, Lavat y otros, la China, el Japón, América del Norte, y varias otras regiones desconocidas.

Los primeros trabajos geográficos, ya sean esferas, mapas, diccionarios, etc., han sido hechos por eclesiásticos, distinguiéndose entre otros los célebres Labín, Vidal, Vitry, Zafrilla, Grenet, que formó la esfera más sencilla y cómoda hasta entonces, Urdaneta, Rada, Zúñiga, Bravo, Zaboruski, Muriello, Velarde, Zafont, Arancini, etc., etc., que se han ocupado en los distintos ramos de estas ciencias.

**Historia Natural.**—Los distintos ramos de esta ciencia han sido cultivados esmeradamente por el sacerdote católico. «La flora, la fauna, la minerología, mil hechos de la geología, dice Barreda, y otros mil de la física terrestre y meteorología, llegan á conocimiento de los sabios por el conducto de los sacerdotes misioneros.» Innumerables son los datos científicos que el *Diario de los Sabios*, de París, toma continuamente de los *Anales de las Misiones*.

La medicina, aunque algo incompatible con el ministerio sacerdotal, ha tenido ilustres cultivadores entre los eclesiásticos, entre ellos el famoso anatómico Stenon, el célebre fisiólogo Spellancini, y hoy mismo son conocidos los religiosos Trapenses por sus trabajos sobre medicina homeopática. ¿Cuántos medicamentos y hierbas medicinales no descubrieron los misioneros? Ellos propagaron la quina, dieron á conocer la goma elástica, la vainilla, el bálsamo de copaiba, y divulgaron el ruibarbo.

Notables ingenios entre los sacerdotes se han dedicado al estudio de la Botánica. López de Ayala y el P. Acosta descubrieron las nuevas y raras plantas de América. Muchos eclesiásticos han inmortalizado su nombre, dándole á alguna familia de plantas descubierta por ellos. Las *camelias* deben su nombre al P. Camelli, y así los géneros Mutiria, Gomara, Venegatia, Laracha, Sarmiento, Blancoa, Acosta, Gumillea, Uriguera, y muchos otros.

No presentará España otro sabio que iguale en botánica al célebre y eruditísimo sacerdote Cavan-



lles, estimulado en sus estudios por otro célebre botánico, francés, el abate Lhomond. El mismo Linneo tuvo por maestro al sacerdote sueco Olao Celsio, á quien no vacila en llamar el fundador de la Historia Natural.

Si de la Botánica pasamos á los demás ramos que abraza esta historia, hallaremos á un Padre Flórez, fundador del primer museo de historia natural y arqueología de España. Al canónigo Hatty, autor de la cristalografía; al P. Fortis, el primer naturalista de Italia, según Danina; al P. Pini, á los dominicos Varrelier y Aymerich; al P. Engremelle, á quien se debe la descripción de los insectos de Europa. Celebridad merecida han adquirido el P. Dollinge, Coarra, Cupane, E. de Hales, Bocconi, Daniel, Delacroix, Petit-Radel, siendo muy digno de notarse que los eclesiásticos han tenido la alta honra de preparar los materiales con que se han formado las grandes obras modernas. No tendríamos un Galileo sin Copérnico, ni un Linneo sin Olao Celsio.

**Física.**—No es posible saludar esta hermosa ciencia sin tropezar con instrumentos y leyes que llevan el nombre de sacerdotes ilustres, tales como Mariotte, Nollet, Melloni, Castelli, Grimalde, Marsena, Caselli y otros.

Existen múltiples descubrimientos á que la fortuna no quiso que dieran su nombre. Así sabemos que el Arzobispo de Dominis explicó por primera vez los colores del arco iris; el P. Kircher inventó la linterna mágica; el P. Rheita es el verdadero autor del anteojo de larga vista. Según dice Roberto Stuard, el primer autor inglés que habla de la posibilidad de mover una máquina por la fuerza elástica del vapor no es otro que el ingenioso y sabio Obispo Winkins.

El abate Hautefeuille, que escribió más de 30 tratados distintos, indicó desde 1692 la invención del respiradero antimefítico; el monje Gerbet es el inventor del reloj y del globo celeste; el franciscano Rogerio Bacón, de la pólvora y de los lentes, el dominico Spina, de los anteojos; el P. Maignan, del microscopio; Guido de Arezzo, de la clave, escala musical y armonía, y del órgano, Bades de Celles.

El higrómetro fué inventado, según el físico Libes, por el Cardenal de Cusa; el termómetro real, por Soumille, y el Presbítero Chappe es el inventor del aparato más sorprendente de nuestros días, el telegrafo; y el pantelógrafo se debe al abate Casselli.

¿Quién sino el P. Bartear descubrió el pararrayos antes que Franklin, como consta por las Memorias de la Academia de Viena? La explosión eléctrica fué estudiada por primera vez por el P. Berand.

Nos haríamos interminables si quisiéramos citar los innumerables sacerdotes que se han hecho memorables en el estudio de la física y química. Concluyamos esta sucinta relación, diciendo que al abate Courtois se debe el freno instantáneo para parar los trenes, al P. Embriaco el ingenioso reloj de agua, al benedictino Valentín la aplicación de la química á la medicina, y se han hecho célebres en mineralogía los sacerdotes Binón, Bertholón, Poucelet, Paulian y otros.

**Astronomía.**—Acerca de esta ciencia vamos á hacer mención de los siguientes eclesiásticos que han sabido inmortalizar su nombre cultivándola. Desde el siglo XIV, el Obispo de Salisburgo, Virgilio, el P. Vicente de Beauvais y el P. Jordán de Rivalta, aunque estaba en boga el sistema de Ptolomeo, enseñaban así la *redondez de la tierra* como la existencia de los *antipodas* y de la fuerza *centrípeta*. El actual sistema planetario es debido á eclesiásticos. El primero que descubrió el movimiento de la tierra fué el Cardenal de Cusa. Copérnico, canónigo, demostró matemáticamente este sistema, apoyándole eficazmente los religiosos Foscarini y Diego de Zúñiga. Son muy conocidos los trabajos astronómicos de Regiomontano, especialmente en la corrección del calendario.

Distinguiéronse los Padres de la Compañía de Jesús en esta ciencia. Bamberg y Grassi conocieron los eclipses de los cometas; Scheiner descubrió las manchas del sol: ellos fueron los que reemplazaron á los sabios chinos en la dirección de los observatorios del Celeste Imperio, brillando desde 1620 entre otros los PP. Schall, Sumbil, Guldín y los hermanos Terencio y Versbiert. Los mismos padres de la Compañía fueron los que en Europa dieron impulso al establecimiento de observatorios, notándose, entre los demás, por su celo, los PP. Flamsteed, Gassendi, Graindorge.

Merecieron la comisión de la Academia de Ciencias de París, para diversos trabajos astronómicos, los sacerdotes Gotte, Guérin Piazzi, inventor del planeta Ceres; Hodierna, La Caille, á quien Lalande apellida *gran astrónomo*. Recordemos, en conclusión, á Orioli, Caraffa, Picard, el primero en medir exactamente el meridiano de la tierra, Cesa-

ris y Oriani, directores de la Academia de Ciencias de Milán.

**Geología.**—Tanto en esta como en la paleontología y prehistoria, ciencias novísimas, han descollado eruditísimos eclesiásticos. El P. Cesi y Kircher brillaron en los principios de ellas; en nuestros días figuran en primera fila, entre los sabios consagrados á las mismas, los abates Bourgeois, Delaunay, Valroger, Maillard, Croiset, Lambert, geólogo eminente, Castrocane, Vallet, Hami y Almera.

En los estudios prehistóricos han derramado inmensa luz los trabajos de los abates Ducrot y Marchand; y acerca de la paleontología han escrito bellos tratados los eruditos Molloy, Meignan, Pianciani, Gainet, Choyer y otros. El Padre Andrés de Gy, modesto capuchino, es conocido de los sabios por su *Teoría de la tierra*, que Cuvier hizo admirar al Instituto de Francia.

Al contemplar esta hermosa falange de sabios que visten sotana, ante los cuales debe inclinarse la cabeza cualquiera que conserve una chispa de amor á la ciencia, y para quienes se abren de par en par todas las Academias, Museos, Observatorios y demás templos del saber, no podemos menos de concluir este insignificante trabajo con las mismas palabras del erudito Madrolle: «Las ciencias exactas y las bellas artes, la astronomía, la física, la química, la navegación, las ciencias geográficas, y hasta la arquitectura, la pintura y la música, deben sus más felices descubrimientos, y hasta sus prodigios, al sacerdocio católico.»

(De La Lectura Católica.)

## IMITACIÓN DE LOS SALMOS

¡Ay! no vuelvas, Señor, tu rostro airado  
á un pecador contrito.

Ya abandoné, de lágrimas bañado,  
la senda del delito.

Y en tí humilde, ¡oh mi Dios! la vista clavo,  
y me aterra tu ceño;  
como tija sus ojos el esclavo  
en la diestra del dueño.

Que en dudas engolfado, hasta tu esfera  
se alzó mi orgullo ciego,  
y cayó aniquilado cual la cera  
junto al ardiente fuego.

Si en profano laúd lanzó mi boca  
torpes himnos al viento,  
yo estrellaré, Señor, contra una roca  
el impuro instrumento.

Levántate del polvo, arpa sagrada,  
henchida de armonía!  
Y tú, por el perdón purificada,  
levántate, alma mía!

Y yo también al despuntar la aurora  
y por el ancho mundo  
cantemos de la diestra vengadora  
el poder sin segundo.

Te cantaré ¡oh mi Dios! cuando te plugo  
bajo tu amparo y guía  
á Israel acoger, que bajo el yugo  
de Faraón gemía,

Del tirano en el pecho diamantino  
pusiste fiero espanto,  
Tembló: tu brazo conoció divino;  
soltó tu pueblo santo.

El mar lo vió y huyó: de enjuta arena  
ancha senda le ofrece:  
Síguelo Faraón... — La mar serena  
lo traga, y desaparece.

Viólo el Jordán, y huyó: monte y collado,  
cual tierno corderillo,  
saltaron de placer: el risco alzado  
cual suelto cabritillo.

¡Oh mar! ¿Por qué tus aguas dividiste  
y á Faraón tragaste?  
¿Por qué, humilde Jordán, retrocediste?  
Monte, ¿por qué saltaste?

Ante el Dios de Jacob tembló la tierra.  
Las trompetas sonaron:  
Paróse el sol, y Gabaón se aterra,  
y los tuyos triunfaron!

Y brotaste, Señor, de piedra dura  
agua en masa corriente,  
y aplacó de tu pueblo su dulzura  
allí la sed ardiente.

«Canta, Israel, al Justo, al Fuerte, al Santo,  
«al que enjugó tu lloro.  
«Acompañe la cítara tu canto  
«y el tímpano sonoro.»

Lánzase al hondo mar, con mente ciega,  
osado el marinero,  
y pide al polo el que la mar le niega,  
ya borrado sendero.

Huye á tu voz el céfiro siave;  
y el hondo mar turbando  
cruzan los vientos, y la triste nave  
combaten rebramando.

Ya sube al firmamento, ya descende  
al abismo horroroso:  
ruge el trueno: veloz el aire hiende  
tu rayo fragoroso.

Gime el nauta y te implora, y aplacado  
lo miras con ternura.  
El vendabal es céfiro; el hinchado  
mar tranquila llanura.

«Canta, Israel, etc.»

Los tiranos del mundo en liga impía  
para el mal se anudaron,  
y á la incauta Israel «¡Dios nos envía!»  
desde el solio gritaron.

Y entre sí concertados: «Fiera lucha  
«al justo renovemos:  
«blasfememos, que Dios no nos escucha:  
«Dios no ve: degollemos.»

Dijeron, y no son.—Su raza impía  
cual humo se deshizo.  
—¿No oirá quién dió el oído? ¿No verá  
el que los ojos hizo?

«Canta, Israel, etc.»

Los impíos que tus casas allanaron  
de uno al otro horizonte,  
y con hachas sus puertas destrozaron  
como leña del monte.

Los fuertes que se alzaban, cual montaña  
que á la nubes se eleva,  
despareciendo, como débil caña  
que el huracán se lleva.

Los robustos de Edon, y los tiranos  
de Moab, ¿qué se hicieron?  
El Señor los miró, y abrió sus manos,  
y al abismo se hundieron!

«Canta, Israel, al Fuerte, al Justo, al Santo,  
«al que enjugó tu lloro:  
«acompañe la cítara tu canto  
«y el tímpano sonoro.»

VENTURA DE LA VEGA.

## MARISALTOS

Ó LA HEBREA DE LA FUENCISLA.



ANTIGA CVII. — Guardón da morte huna  
iudea, que espenaron en Segobia, et  
porque s'encomendou á ela, nen mo-  
rréu, nen se feriu.

Quen creuer' na Virgen Santa  
En a cuita valer-l'a<sup>1</sup>.  
Dest' un miragr' en verdade  
Fez en Segovi' a cidade  
A Madre de piedade  
Qual este cantar dirá,  
Huna judea achada  
Que foi en err', é fillada<sup>2</sup>,  
Et á esfalar<sup>3</sup> levada  
D'una pena, qu' i está  
Muit' alta et muit' esquivá:  
Et ela diss': «Ai, cativa!  
«Como pode ficar viva  
«Quen d' aquí á caer a,

<sup>1</sup> Quien creyere en la Virgen Santa, en el trance le ha de valer. El estribillo se repite al pie de cada estrofa ó cuarteta.

<sup>2</sup> Cogida.

<sup>3</sup> El verbo existe en portugués con la significación de «quedar exánime, ó perder aliento.» Proviene, como el francés *essouffler*, del latín *exsufflare*.



Senón se Deus se querria?

Mas, tu, Rëynna Maria,

U crisciandade fia?

Se tal es, com oy 3 ia,

Que acórrel-as 4 coyadas

Que ti son acomodadas,

Entre todas colpadas

Val a mi, ca mester m'a.

E sse ficar' viv' é sana,

Logo me faré criscana

Ante que seia manmana

Cras 5, u al non averá.

Os iudeus, que a levaron,

Na camisa a leixaron;

Et logo a espenaron

Dizendo: Alá yrá.

Mais pois d' ali foi caída,

Da Virgen foi acorruda;

Porén non foi peregruda;

Peró caeu long' alá,

Ius á pe d' una figueira 6;

Et ergéu-se mui ligeira-

ment', é fuisse sa carreira

Dizendo: Sempre será

Beneita a groriosa

Madre de Deus, preciosa,

Que me foi tan piadosa.

Et quén a non servirá?

E chegón á a eigreia

D' Aquela, que sempre seia

Beneita, u mui sobeia

Gente viu; et diss': Acá

Vide 7, é batigón m' edes;

Et tal mirag' oyredes

Que vos maravillaredes;

Et tod' om' assi fará.

E tantost aquela gente

A batigón manteneite;

Et foi sempre ben creente

Da que per nos rogá

A seu Fillo gracioso,

Que nos seia piadoso

En o dia temeroso

Quando iulgarnos verrá.

El tiempo en que acaeció el prodigio, el fallo injusto de que había sido víctima la hebrea, la visión que tuvo y que contó a la gente apiñada, donde hoy está el parque del alcázar y descollaba la catedral, y de donde se divisaban las peñas Grajeras ó de la Fuencisla, lugar del suplicio, el nombre que recibió al ser bautizada y el sobrenombre que le dió el pueblo segoviano; todo ello nos consta por un testigo de mayor excepción, el sabio y virtuoso dominico Fray Rodrigo de Cerrato<sup>8</sup>, cuya narración inédita he tomado de un manuscrito del siglo XIII<sup>9</sup>. Dice así<sup>10</sup>:

"In eodem regno<sup>11</sup> circa idem tempus<sup>12</sup> accidit simile miraculum. In civitate namque segobiensi quedam hebrea diffamata est quod peccabat cum quodam milite coniugato. Uxor autem militis, iniuriam sibi fieri reputans, predictam hebream convenit coram iudicibus civitatis, proponens quod cum viro suo adulterium perpetrasset. Qui in detestationem tanti criminis et in favorem christiane religionis, presumptiones quasdam pro attestacionibus admittentes, dederunt contra eam sententiam ut pena precipitii puniretur. Consuetudo enim fuit segobie ut iudei tantummodo, morti adiudicati, pena huiusmodi punirentur.

Est autem locus precipitii quidam rupes ex sinistra adiacens civitati, ita sublimis quod timorem incutit intuitu. In cuius medio praeceptum eminent scopuli, est quibus illi qui precipitantur, antequam ad terram veniant, horribiliter discerpuntur. Cum igitur oficiales, precepto iudicum, predictam hebream, preter camisiam exuentes omnibus vestibus, ligatis ut mos est post tergum manibus, de rupe predicta precipitassent, continuo ipsa beatam mariam invocavit, dicens: Sancta maria, adiuva me, sicut scis me ab hoc peccato immunem! Ad hanc vocem ut ipsa postmodum est confessa, vidit statim columbam quandam candidam sese usque ad terram comitanti. Quam cum vidisset, omnem timorem amisit; et nimium consolata cum omni suavitate, solutis manibus, in terra pocius sedit quam cecidit.

Aderat ad hoc spectaculum multitudo hominum, non solum christianorum et sarracenorum, sed etiam iudeorum. Qui videntes quod acciderat, omnes in admirationem sunt conversi. Ipsa autem surgens, christiana fiefi volens, baptismum petivit, et nomen marie christianum sibi imponi humiliter postulavit, et obtinuit. Vocata est autem marisaltus: Maria quia ad invocationem beate Marie est liberata; saltus quia de rupe sublimi non precipitii supplicium per tulit, sed quasi de loco humilli in terram saltavit.

Parum postquam hoc contigit, veni ego segoviam; audiui uis miraculi famam; vidi predictam feminam; vidi de hoc multos testimonium perhibentes."

Bien se aviene esta manera de contar con la gravedad y entereza de juicio, que promete el autor en la introducción a su obra:

"Vitas sanctorum, nimia prolixitate descriptas ac variis voluminibus dispersas, quorum festa ecclesia colit, vel quorum hystorias fides fidelium [reci]pit, breviter et [succincte, eligens] utilia, in uno volumine prestringere curavi, omissis coloribus purpuratis; quatinus prolixitas, mater tedii, lectorem non retrahat, brevis allicit, utilitas inducat, color rectoris non obducit; predicatoribus vero, ad predican dum de sanctis, non desit materia, et ad excitandam devotionem fidelium devota inveniantur exempla; clericos quoque inopes ad habendum vitas sanctorum inopia non excuset. Sane lectorem non lateat quod in quibusdam sanctorum legendis et aliis eorumdem hystoriis nonnulli leguntur errores. Quedam dicuntur impossibilia, multa ponuntur contraria. At ego diligenti studio errores correxí, impossibilia pretermisi, contraria concordavi. Auctores autem, vel libros seu hystorias, ex quibus scripta sunt que leguntur, in rubricis ponuntur; interdum intus, in littera, inscribuntur."

La feliz hebrea, Marisaltos, vivió largo tiempo después de recibir el bautismo, sirviendo santamente a Dios en la Catedral, donde fué sepultada. La pintura se encargó allí de mantener a la vista de los fieles la memoria del prodigio, que el rey Don Alfonso X y Fr. Rodrigo de Cerrato transmitieron a la voz de la fama en páginas inmortales. En 1459, desfigurando un tanto la verdad, escribía a su vez la narración Fr. Alonso de Espina, ó del Espinar<sup>1</sup>, judío converso y franciscano observante, harto célebre<sup>2</sup>:

"De iudea precipitata in civitate segobiensi et per virginem mariam liberata.

Nonum mirabile accidit in predicto regno, civitate Segobiensi. Cum enim cuidam mulieri iudee imponeretur crimen adulterii falsè tradita fuit marito ut de ea faceret quod vellet<sup>3</sup>. Qui, cum eam duceret ad supercilium cuiusdam excelsæ rupis, civitati coniunctæ, ut est loco illo illam precipitaret<sup>4</sup>, et concurrentibus ad spectaculum pluribus gentibus<sup>5</sup>, predicta iudea, que immunis erat a crimine, et devota virgini gloriose licet occulta in articulo illo, grandi cum devotione beate virgini se commendavit, ut sicut immunis erat liberaret; proponens in corde suo, si eam liberaret, tempore vite sue in sua ecclesia servire. Et ecce mox ut precipitata fuit, apparuit sibi virgo beata, eam suis in manibus recipiens<sup>6</sup> et illesam in profundo vallis ponens. Cumque plurime gentes ad locum cucurrissent, invenerunt eam illesam, gaudentem et laudantem deum, et gratias referentem beate virgini; publici affirmans manibus eius<sup>7</sup> fore liberatam. Deducta est ergo mulier illa iudea, ad petitionem eiusdem ad maiorem ecclesiam predictæ civitatis, que sancta maria maior intitulatur; et ibi sacrum baptismum recepit; et vocata in vulgari nostro marisaltos: maria propter virginem mariam que eam liberavit; et saltos propter saltum miraculosum quem fecit. Vixit autem in ecclesia multo tempore<sup>8</sup> in timore domini serviendo laudabiliter. Resplenduit spiritu prophetie; et feliciter cursum suum consummavit. Predicti miraculi adhuc in predicta ecclesia extat memoria in picturis, sicut ego vidi."

FIDEL FITA.

(Se continuará.)

## ANDRES EL PESCADOR

(Conclusión.)

**N**o era poca la que sentía, y el alimento encontrado en ella sirvió para reparar mis fuerzas.

— Cuánto me alegro.

— Oye, Misor: ¿tú sabes donde vamos?

— Según la dirección que lleva mi padre, debemos ir a la cueva del Romero, donde se encuentra nuestra gente.

— ¿Qué gente?

— Los compañeros de mi padre, ó mejor dicho, los subordinados de mi padre.

— Eso quiere decir que tu padre es el jefe.

— Sí, Señor, y todos le quieren mucho y le respetan mucho, porque es más valiente.

— He visto que llevaba una lanza, ¿por ventura es militar?

— Yo no sé militar qué quiere decir.

— Si es soldado; si está dedicado al servicio de las armas.

— Armas sí que tenemos muchas. Tanto mi padre como sus compañeros siempre van armados.

— ¿Y no sabes para qué son esas armas?

— Para sostener peleas con los demás hombres, y apoderarse de lo que llevan.

El Apóstol calló, y no volvió a dirigir ninguna otra pregunta a Misor. Había comprendido quien era su padre, y la clase de ejercicio a que se dedicaba.

Mientras tanto, el padre de Misor seguía caminando silenciosamente, y como ensimismado en sus propios pensamientos.

Había recorrido una media hora, se paró, y volviéndose al Apóstol, le dijo:

— Aquel que, como tú, desafía el furor de los tigres, y tiene bastante virtud para convertirlos en mansas ovejas, no debe temer a los hombres, aunque estos hombres sean unos bandidos. Te lo advierto, porque voy a conducirte a su presencia. Yo soy Astarot, el jefe de esa gavilla de bandidos que son el terror de herodianos y romanos: de día nos albergamos en una cueva próxima, desconocida de todos, é inaccesible para los que no conozcan el medio de penetrar en ella; y de noche, bajamos al llano y sorprendemos los convoyes ó penetramos en los pueblos y nos apoderamos de las riquezas que poseen los demás, destruyendo y matando al que se nos opone.

Andrés levantó los ojos con dolorosa expresión y los fijó en la bóveda celeste.

— Veo que mis palabras te causan horror; exclamó Astarot, puesto que ya sabéis su nombre; pues bien, sepas que, por mucho que a tí te horrorice, aun es mayor el que yo mismo me inspiro. Antes de encontrarte, estaba orgulloso de ser lo que soy; pero después de haberte oído, y de haber presenciado el prodigio que has obrado a mi presencia, me tengo por el ser más despreciable del universo. Voy a presentarte a mis compañeros, y quiera Dios que tu palabra produzca en su corazón los efectos que ha causado en el mío. ¿Estás dispuesto a seguirme?

— Vamos, dijo Andrés. Sin que hubiera mediado invitación por tu parte, a saberlo hubiera ido yo mismo. Vamos.

Astarot emprendió de nuevo la marcha, por entre empinados vericuetos, hasta que por fin llegó cerca de un intrincado laberinto de rocas graníticas, que parecían colocadas allí por el gigantesco esfuerzo de los titanes. Entonces se paró y dijo:

— Ya hemos llegado. Otra vez te hago la misma pregunta: ¿Estás dispuesto a seguirme?

— Me devora la impaciencia.

Entonces Astarot, sacando un silbato que llevaba pendiente del cuello se lo acercó a los labios, y produjo un agudo silbido.

Aun no habrían transcurrido dos minutos, cuando uno de aquellos peñascos, se fué separando poco a poco del sitio en que parecía enclavado, como si girara sobre un eje invisible, y dejó al descubierto la entrada de una profunda cueva.

— Sígueme: le dijo entonces Astarot al Apóstol, y este y Misor, precedidos por aquel, principiaron a descender por la empinada rampa que conducía al interior.

Apenas Misor, que fué el último, hubo traspasado los umbrales de la cueva, se oyó fuerte chirrido, como el que produce una enorme polea en movimiento, y la piedra volvió a adquirir su anterior posición.

Inmediatamente se presentó en medio de la rampa un hombre, casi un gigante, en atención a su elevada estatura y desarrollo de sus formas. Llevaba un manojo de teas encendidas en su mano izquierda que alumbraban con rojiza luz aquel lugar, y una gruesa lanza en la derecha. Todo su aspecto parecía el de

1. A no ser que.  
2. Donde ó en quien la cristiandad confía.  
3. Oí.  
4. Por eufonía *acorrer* se mudó en *acórrel*.  
5. Antes que amanezca el día de mañana.  
6. La *higuera*, ó su vástago, crece aún ahora bajo las peñas de la Fuencisla, detras del santuario, donde se dice fué el saltó de la hebrea.  
7. Venid.  
8. Ó Val de Cerrato cerca de Palencia.  
9. Códice titulado *Vitas Sanctorum* en el archivo de la catedral de Segovia. Lo ha citado Florez (*España Sagrada*, t. III, páginas 397 y 398). De él se aprovechó Mamachi (*Annales Ordinis Prædicatorum*, t. I, páginas XLIII-XLVI), y en el mismo tomo apéndice de monumentos, colección 312-334 (Roma, 1756); sacando a luz la biografía de Santo Domingo de Guzmán, y refutando las cavilidades de Florez, quien poco ó nada pudo apreciar la edad y el mérito del Códice, que no vio ni se lo describieron lealmente.  
10. Folio 199 vuelto, 200 recto.  
11. De Castilla.  
12. Cerca del año 1237 (*anno Domini* M. CC. XXX. VII.), que se expresa en el folio 99 recto, y al que alude el texto presente.



un salvaje, no contribuyendo poco á formar del mismo este concepto, su larga y enmarañada cabellera que le llegaba hasta mitad de la espalda, su negra y descuidada barba y el aspecto general de su persona, capaz de infundir pavor en el ánimo más esforzado. Era el guardián de aquella caverna, y el que cuidaba de abrir y cerrar la entrada de la misma.

Aquel hombre no pronunció una palabra, ni mostró extrañeza por la presencia del Apóstol. Precediendo á los recién venidos, fué alumbrando el camino hasta llegar á una explanada, especie de salón circular y abovedado, como la cúpula de una Iglesia, y depositó el manojó de teas sobre una enorme piedra colocada en medio del salón.

Cualquiera que hubiera penetrado por primera vez en aquel antro, como le sucedía al Apóstol, hubiera creído que no existían en él más seres vivientes que los que á la vista tenía, y sin embargo,

al fijarse con más detenimiento en las paredes, no hubiera dejado de observar en ellas ciertas hendiduras abiertas simétricamente, y en sentido horizontal, como los camarotes en las cámaras de los buques.

Dentro de cada una de aquellas hendiduras ó camarotes, había un hombre durmiendo.

Astarot tomó de la mano al Apóstol, y le condujo á una especie de sitial, toscamente trabajado, que ocupaba el lugar preferente en el centro del salón, y dijo:

— Siéntate. Y dirigiéndose á Misor y al que había salido á recibirles, les dijo:

— Despertad á todos.

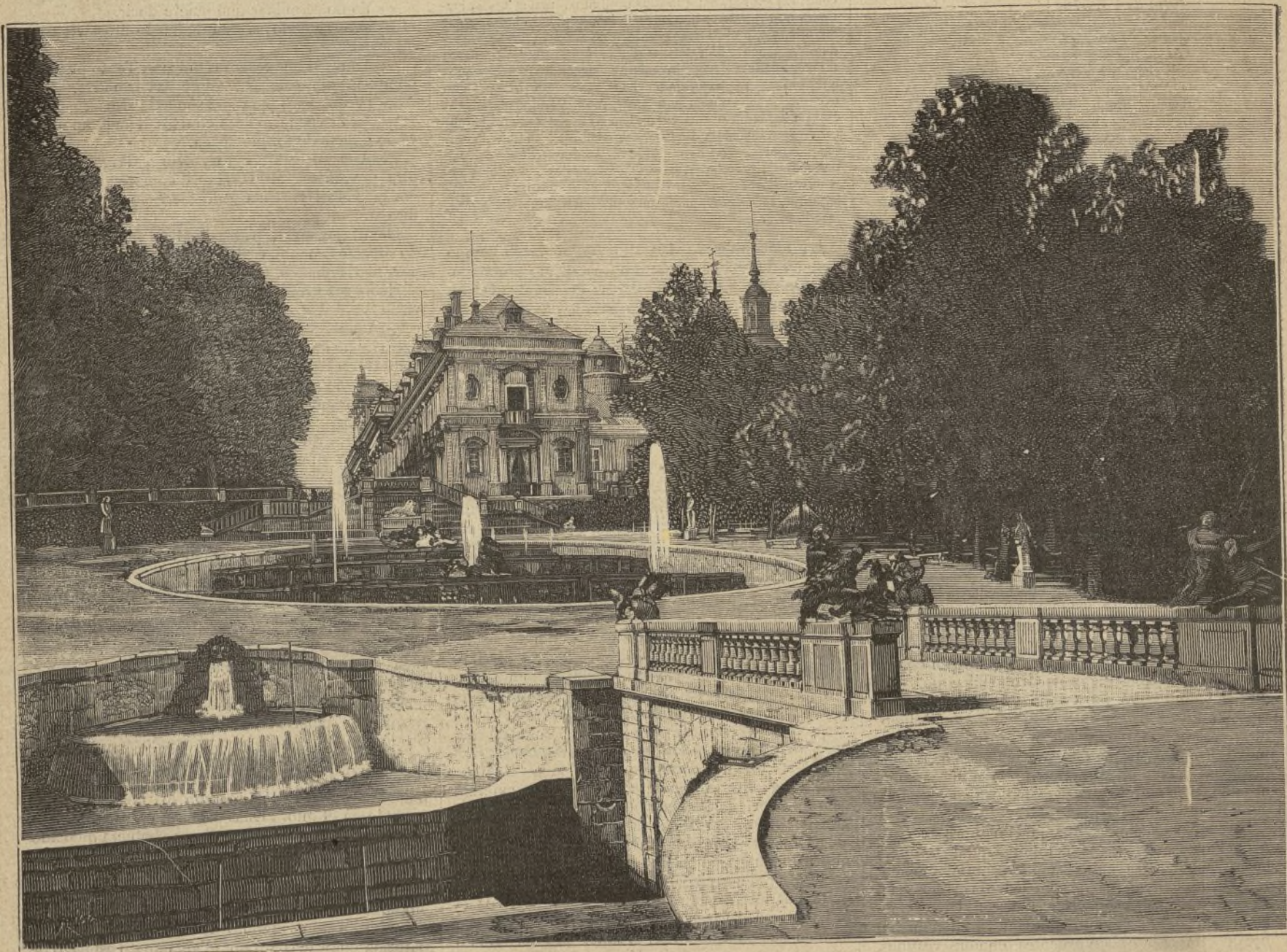
Estos no se hicieron repetir la orden y fueron cada uno por su lado despertando á los bandidos, que al saber que se trataba de una orden de su jefe, dejaron al punto la cama, y se fueron reuniendo en el salón. No dejaron de mostrar alguna extrañeza, no sólo al

ver en el interior de su guarida á un desconocido, cuyo traje y aspecto tanto difería del suyo, sino al observar el sitio de honor que ocupaba, y que indudablemente le había cedido Astarot.

Cuando se encontraron reunidos en número de quince, que era el total de la cuadrilla, Astarot tomó la palabra y les habló en los siguientes términos:

— Compañeros: Si hay momentos críticos en la vida de los hombres, momentos en los cuales es preciso demostrar todo el valor que se encierra en nuestro corazón, y toda la energía de nuestra alma, uno de esos momentos es este en que me veo obligado á dirigiros la palabra, en el sentido que vais á oír.

Y al decir que me veo obligado, no entendáis que por ninguna fuerza material, porque Astarot, no hubiera cedido nunca á esta clase de fuerza, sino por otra fuerza que viene de más alto, y á cuya fuerza no quiero, entendido bien, no quiero resistir.



REAL SITIO DE SAN ILDEFONSO (LA GRANJA).

Entonces Astarot refirió punto por punto todo lo que había sucedido aquella mañana respecto á la escena de los tigres, acentuando la participación de Andrés en aquel prodigioso suceso.

Los bandidos oían á su jefe, miraban á Andrés, y guardaban silencio.

Astarot continuó:

— La escena que acabo de referir, como vosotros comprendéis, no tiene nada de natural: los tigres no podían ser cómplices en la representación de una farsa, para engañar á un ser tan miserable como yo. Alguno influía en ellos, alguno les imponía su soberana voluntad, haciéndoles olvidar sus feroces instintos, para convertirlos en mansos corderos, y ese Alguno que ha tenido bastante poder para dominar á las fieras es quien lo ha tenido indudablemente, para tocar mi corazón y poner de manifiesto á mis propios ojos toda la monstruosidad de mi proceder. Muchos y muy grandes han sido

mis crímenes; pero aun debe ser tiempo de expiarlos, porque si no lo fuera, no hubiera Dios tocado mi corazón, y héchome sentir lo que siento.

De hoy en más ya no puedo ser vuestro jefe; y desde este mismo momento abandono la vida de perdición que llevaba, y voy á principiar otra nueva vida que sea tan contraria á la anterior, como pueda serlo. Esta es mi resolución irrevocable; pero no puedo negaros que me agobia un gran sentimiento, el de partir de aquí sólo con mi hijo, dejándoos á vosotros sumidos en los horrores del crimen.

Ya os he dicho cuanto tenía que deciros, y espero vuestra contestación con ansia. Pensad bien lo que vais á decirme, no sea que un momento de irreflexión os pierda para siempre.

Las palabras de Astarot produjeron entre los bandidos un efecto indescriptible.

Al pronto la sorpresa misma, el asombro de que estaban poseídos, selló sus labios y se miraron los

unos á los otros, deseosos de conocer, cada uno de por sí, el efecto que aquellas palabras habían producido en el ánimo de los demás; pero aquel momento fué corto. Salomoneo, el segundo de Astarot, y cuyo nombre quería decir *hijo del viento*, se adelantó á sus compañeros y poniéndose frente de aquel le dijo:

— Para decir que querías dejarnos, que bastante rico ya, para gozar de una vida de príncipe en cualquier país, tratabas de abandonar á los que te habían ayudado á adquirir esas riquezas, no era necesario inventar esa fábula de los tigres, para venir á contárnoslo como si nosotros fuéramos unos estúpidos que habíamos de darle crédito sólo porque tú lo dices. Tú eres un infame, Astarot: tú eres un cobarde, y ese que está ahí presente, y que debe ser un cómplice tuyo, y que según tú dices ha tenido bastante virtud para imponer á los tigres, no la tendrá para imponernos á nosotros con sus paparruchas. Habéis.





SAN ANTONIO DE PADUA CON EL NIÑO DIOS.



fiado mucho en nuestra credulidad, y os habéis llevado chasco.

Andrés, que hasta entonces había permanecido silencioso, se adelantó a los bandidos y con toda la tranquilidad de aquel que se encuentra rodeado de buenos y solícitos amigos, les dijo:

— Lo que acaba de referiros Astarot, vuestro jefe, no es sino la verdad. Dios, sin duda, ha tocado su corazón, y quiere cambiar la vida infame que llevaba por otra vida de penitencia, que le haga ganar el reino de los cielos. Claramente se ha demostrado en esto la voluntad de Dios; sería locura insigne en vosotros oponeros a lo que Dios tiene dispuesto. Y escuchadme bien. No es el miedo el que me hace hablar de este modo; porque yo sé que ahora, como siempre, se cumplirá la voluntad de Dios y que vosotros sois impotentes para contrariarla; pero si sois impotentes para oponeros a cuanto Dios tiene dispuesto, no lo sois para condenar vuestra alma por toda una eternidad; porque para eso se os ha concedido el libre albedrío. Sondead un instante vuestra propia conciencia y decidme si estáis satisfechos de esa vida de pillaje y de crímenes a que estáis entregados; decidme si es, si puede ser aceptable, no ya sólo a los ojos de Dios, de Aquel que os ha criado a su imagen y semejanza para obrar el bien, sino a los ojos de la sociedad, y ella os contestará mejor que yo pudiera hacerlo. Así, pues, reflexionad, hermanos míos. Bastante habéis ofendido a Dios; bastante habéis estado en lucha abierta con la sociedad...

— Y bastante has estado abusando de nuestra paciencia, repuso Salmoneo interrumpiendo al Apóstol. Basta, pues, de sermones, y no volváis a pronunciar una palabra hasta que se os pregunte. Mis compañeros y yo vamos a deliberar sobre lo que se debe hacer con vosotros. No os haremos esperar mucho. Y dirigiéndose a los bandidos, les dijo: seguidme, amigos míos.

Todos siguieron a Salmoneo, que se dirigió a otro departamento de la cueva, cuya puerta se hallaba situada en la misma rampa que habían atravesado Andrés, Astarot y su hijo, al penetrar en ella.

— Crítica es nuestra situación, hermano mío, dijo Astarot a Andrés apenas quedaron solos.

— ¿Por qué?

— Porque Salmoneo es muy duro de corazón y convencerá a los otros de que yo trato de venderles a todos, y sublevará sus ánimos en contra nuestra.

— Infelices de ellos.

— Ya estoy arrepentido de haberte dicho que me acompañaras. ¿Quieres que me ponga en la puerta defendiendo la salida, mientras tú logras escapar con mi hijo Misor?

— De ningún modo. Depositemos toda nuestra confianza en Dios, y esperemos.

No tuvieron que esperar mucho tiempo; porque aun no habría transcurrido un cuarto de hora, volvieron a entrar los bandidos en el salón atropelladamente, llevando a su frente a Salmoneo, el cual dirigiéndose a Astarot, le dijo:

— Mis compañeros y yo hemos resuelto que tú, Astarot, seas arrojado por el tajo del Enebro, para que tu cuerpo sea devorado por las fieras; que tu hijo Misor, quede prisionero entre nosotros, hasta nueva orden, y que éste, señalando a Andrés, que ha tenido la imprudencia de seguirte hasta el interior de esta cueva, no salga de ella jamás, sirviéndonos de esclavo. Y como tú sabes muy bien que nuestros acuerdos son ejecutados inmediatamente, vas a ser conducido en el acto al tajo, para que tenga cumplido efecto la sentencia. Vamos.

Aun no había terminado casi Salmoneo de pronunciar las últimas palabras, cuatro de los bandidos se precipitaron sobre Astarot, le derribaron en el suelo, sin que éste opusiera resistencia, le ataron fuertemente, y se dispusieron a sacarle de la cueva.

Misor no pudo ver en calma aquella agresión contra su padre, y se arrojó sobre los cuatro bandidos, tratando de evitar aquel atropello; pero pronto fué sujetado, y conducido a un extremo del salón.

Andrés permanecía impasible, contemplando todo aquello, como si se tratara de la escena más natural de la vida, y únicamente exclamaba de vez en cuando:

— Perdonadlos, Dios mío; están ciegos, y no ven las ofensas que te infieren.

— Vamos, muchachos, al tajo, exclamó Salmoneo; y los cuatro bandidos levantaron del suelo a Astarot, y cogiéndole uno por cada lado, le llevaron en dirección a la salida de la cueva, sin hacer caso de las palabras de Andrés que les decía:

— Reflexionad, hermanos míos: aun es tiempo; no labréis vuestra perdición. Aun es tiempo, hermanos míos; aun es tiempo. Pero los bandidos continuaron su marcha burlándose de las exhortaciones del Apóstol. Solo tres quedaron al cuidado de los

prisioneros; los demás, acaudillados por Salmoneo, siguieron su marcha hacia la salida de la cueva.

Andrés cayó de rodillas y oró.

Misor hacía titánicos esfuerzos para desprenderse de los nervudos brazos de un bandido que le sujetaba, y correr en auxilio de su padre.

Andrés, interrumpido en su oración por los sollozos de Misor, se volvió a él y le dijo:

— Misor, hijo mío: Dios es infinitamente bueno, infinitamente justo é infinitamente misericordioso; espera en su bondad, en su justicia y en su misericordia; porque Dios no desatiende nunca, óyelo bien, hijo mío, nunca a los que con verdadera fe le imploran.

Sea que las reflexiones del Apóstol penetraran en el corazón de Misor, despertando en él aquella fe de que le hablaba; sea que su misma aflicción le dictara aquellas palabras, es lo cierto que exclamó con acento de la mayor compunción:

— ¡Dios mío! Si, como dice este hombre, a quien yo creo un santo, sois bueno, justo y misericordioso, salvad a mi padre. Salvad a mi padre, Dios mío!

Aun no se había extinguido el eco de la plegaria, elevada a Dios, por el afligido Misor, cuando en la parte exterior de la cueva se oyó un horrible estruendo de gritos, imprecaciones, ayes desgarradores y sordo rumor, como de empeñada lucha.

En medio de aquel espantoso estruendo, y antes que ninguno de los tres bandidos que habían quedado guardando a los prisioneros se diera cuenta de lo que acontecía en el exterior, vieron entrar a uno de sus compañeros en un estado indescriptible.

Sucia y destrozada la ropa, ensangrentada la cara, los cabellos en desorden, ambas manos apretándose el pecho, del cual salía sangre en abundancia, y gritando con acento que demostraba el inmenso pavor de que estaba poseído:

— ¡Los tigres! ¡Los tigres!

Ya no pudo pronunciar una palabra más, y bamboleándose, fué a caer exánime a los pies del Apóstol. Este le levantó inmediatamente en sus brazos, con ánimo de prodigarle los auxilios necesarios; pero al punto comprendió que sostenía un cadáver. Las garras de los tigres le habían destrozado el pecho.

En aquel mismo momento se oyeron en el interior de la cueva los terribles rugidos de las fieras, y no tardaron en presentarse a la vista de los tres bandidos, de Andrés y de Misor, que aun permanecían arrodillados.

Gritos de pavor se escaparon del pecho de los bandidos, y más que reflexivamente, por propio instinto, corrieron a guarecerse tras del Apóstol. Las fieras llegaron hasta tocar con sus ensangrentadas fauces la túnica que vestía Andrés, y se tendieron a sus plantas.

Misor, que presenciaba aquella escena con la mayor angustia, temeroso sin duda de que le hubiera acontecido a su padre alguna desgracia, corrió fuera de la cueva.

Andrés le siguió, y tras él las dos fieras, que así que se vieron en el campo abandonaron aquel lugar, desapareciendo muy pronto a la vista de ambos.

El joven Misor y Andrés no tuvieron necesidad de recorrer mucho trecho; a los pocos pasos de la cueva se ofreció a su vista un espectáculo que les llenó de horror. Los cuerpos de los once bandidos que conducían a Astarot, incluso Salmoneo, yacían en el suelo, despedazados, mutilados sus miembros y con profundas heridas en el pecho y cabeza; y en medio de todos, el padre de Misor, con las ligaduras que sujetaban sus piernas y brazos, pero sin ninguna herida. Los tigres habían respetado su cuerpo.

Misor se precipitó sobre él, y al propio tiempo que le destaba, decía, con todo el fervor de un alma agradecida:

— ¡Gracias, Dios mío! ¡Gracias por haber conservado la vida de mi padre! Bendito, bendito y alabado sea vuestro santo nombre.

Astarot, libre de los cordeles que oprimían sus miembros, se levantó, y con acento solemne dijo:

— Había hecho el sacrificio de mi vida, Dios mío; pero puesto que habéis querido conservármela, yo os la ofrezco desde este momento, y prometo de nuevo consagrar todas mis obras y pensamientos a vuestro santo servicio. Y dirigiéndose a Andrés, le dijo:

— Señor, a tí te deberé quizá la salvación de mi alma, a tí te soy deudor de que la luz de la fe haya penetrado en mi inteligencia. Instrúyeme en mis deberes. ¿Qué debo hacer para servir mejor a Dios?

— Cumplir sus santos mandamientos.

— No los conozco.

— Yo os los enseñaré y explicaré. Pero ahora demos sepultura a los restos mortales de estos desdichados, y también del que se encuentra en la cueva, y después abandonaremos para siempre este lugar de horror.

Todo se hizo como lo dispuso Andrés. Astarot,

Misor, los tres bandidos que permanecían aún en la cueva, milagrosamente salvados por la intercesión del Apóstol, y este mismo, abrieron profunda sepultura, en la que depositaron los doce cadáveres, y cuando hubieron cumplido este deber, se fueron tras del Apóstol deseosos de oír su palabra, é instruirse en la Doctrina Cristiana.

## CAPÍTULO VIII

### EL MARTIRIO

Si fuéramos a referir uno por uno todos aquellos acontecimientos relacionados con la vida del ínclito Apóstol Andrés, y detallar los hechos milagrosos acaecidos durante su larga peregrinación, no acabaríamos nunca, y daríamos a esta obra una extensión mayor de la que nos proponemos. Bastará, pues, con los que llevamos apuntados, para que se pueda formar una idea, si quiera aproximada, de la gran predilección que el divino Jesús mostró siempre a su querido Apóstol, al propio tiempo que la gran fidelidad del discípulo hacia su adorado Maestro.

Fe inquebrantable en la divinidad del Salvador; esperanza firmísima en alcanzar los bienes por Él mismo prometidos y caridad ardentísima hacia su Dios, y al prójimo por Dios. Estas eran las virtudes que más resaltaron en aquel varón insigne, una de las doce columnas que Jesucristo dejó en este mundo como sostén de su santa Iglesia.

Andrés, seguido siempre de Astarot, de su hijo Misor y de los tres bandidos, que instruidos todos convenientemente por éste en la doctrina de Cristo habían recibido el Bautismo, recorrió las seis provincias de la antigua Thracia; el Epiro, ó dígase la Albania meridional, la Tesalia, la Iliria y toda la ribera del mar Jónico, venciendo los trabajos inseparables del ministerio apostólico, con aquella generosidad que correspondía a un Apóstol que había recibido las primicias, digámoslo así del llamamiento celestial.

Incansable en su predicación, visitó la Scythia asiática, los territorios de Sevas y Caramania correspondientes a la Capadocia; la Galacia, la Bitinia, la Frigia y la Patagonia, hasta los confines del mar Negro. Penetró hasta el interior de la Albania, que comprende parte de la Turquía europea, y estuvo en las grandes ciudades de Escutari y Janina, difundiendo por todas partes la luz de la fe, y echando los cimientos de la Iglesia de Dios.

Astarot, después de haberle acompañado por espacio de muchos años, sufriendo con gran paciencia y resignación todas las penalidades y persecuciones de que entonces eran víctimas los cristianos, edificando a cuantos le trataban con su vida penitente y ejemplar ascetismo, entregó su alma a Dios en uno de los pueblos de la Galacia: lo mismo sucedió a los tres bandidos, que nunca quisieron separarse del santo Apóstol, a quien sirvieron con gran fe y decisión, borrando con ejemplar conducta sus anteriores crímenes. Misor, instruido por Andrés, después de haber recibido el Orden sacerdotal, quedó en Escutario, por mandato del Apóstol, al frente de aquel rebaño de Cristo, teniendo la dicha de sufrir el martirio el año de gracia de 57, en premio de su heroico valor en defensa del Evangelio.

Andrés, siguiendo en su predicación, recorrió uno por uno todos los pueblos y ciudades de la antigua Grecia, desde el Olimpo hasta el Pindo y desde el golfo de Ambracia hasta el mar Egeo, penetrando en la Acarnania, Lócride, Etolia, la Beocia, la Fócide, Megáride y Atica, y atravesando el istmo de Corinto visitó todo el Peloponeso, deteniéndose en los reinos de Corinto, Argólida, Sición, Arcadia, Ejiálea, Laconia y Mesenia, sembrando en todas partes la semilla de la fe.

Compadecido Dios de las penalidades y grandes sacrificios hechos por el Apóstol durante toda una larga vida de trabajos, sin que en toda ella menguara un punto siquiera el ardor de su fe, ni los quilates de su caridad evangélica, quiso otorgarle el premio por sus grandes merecimientos; pero no adelantemos los sucesos.

Faltábale recorrer al santo Apóstol la ciudad de Patras, situada a unas tres leguas de Lepanto; nombre glorioso para los españoles, puesto que en dicho golfo, el príncipe Juan de Austria, hermano de Felipe II, y comandante en jefe de la escuadra cristiana, venció a la inmensa armada otomana; destruyendo en aquella memorable batalla 210 naves, y pereciendo en ella 32.000 hombres, el día 7 de Octubre de 1571, quince siglos después de los acontecimientos que vamos a relatar. A esta ciudad, pues, se dirigió el Apóstol.

Reinaba a la sazón en Roma Lucio Domicio Nerón, cuyo nombre ha quedado grabado en la me-



moria de los humanos como el emblema de la crueldad.

Este aborto del infierno, tan luego como sacudió el yugo de sus preceptores Séneca y Burro, y de su madre Agripina, les mandó asesinar después de darles tormento; lo mismo hizo con su mujer Octavia, para casarse con Popea, á quien mató también de una patada.

Sería punto menos que imposible enumerar las víctimas de su horrible crueldad. Mataba y hacía dar tormento, sólo por gozarse en los padecimientos de sus semejantes.

Reinando este monstruo, fácil será comprender la horrible persecución que se desencadenó contra los cristianos. Hacíales perecer á cientos y miles, y entretenía sus ocios viendo como las fieras despedazaban sus palpitantes entrañas en los circos, sirviendo de espectáculo á los cortesanos, tan bárbaros y crueles como su amo.

Andrés no cejó un punto en su predicación; lo único que deseaba era difundir la doctrina de su divino Maestro y ganar almas para el cielo; y ante este pensamiento ningún poder humano le hubiera hecho cejar.

¿Qué podían importarle los peligros que de continuo le amenazaban? El sabía que al término de su peregrinación por este mundo había de ver realizadas en el otro las promesas del Salvador, y anhelaba ese término feliz.

En Patras como en los demás países que había recorrido, nada resistía al poder de su sencilla y conmovedora elocuencia, y era tal el número de los convertidos á la nueva ley, que á los pocos días de permanecer en la ciudad, casi todos sus moradores habían sido instruídos en la fe, y bautizados por su propia mano.

Las grandes conquistas del Apóstol llegaron á oídos, como no podía menos de suceder, de Egeas, Procónsul á la sazón de la provincia de Achaya, y como Egeas era digno criado de su amo Nerón, corrió á Patras con el único objeto de atajar los progresos de la fe, y mantener el culto de sus falsos dioses.

Amaneció el día 25 de Noviembre del año de Gracia de 63. Andrés se disponía para trasladarse al templo, como tenía de costumbre, donde le esperaba gran número de fieles, ansiosos de oír su santa palabra, cuando vió entrar en la posada á uno de sus discípulos, llamado Jebós, joven piadosísimo, natural de aquella misma ciudad, que le dijo:

— Maestro, vengo á decirte que no vayas hoy al templo.

— ¿Por qué?

— Porque el Procónsul Egeas ha llegado á la ciudad.

— ¿Y quién es el Procónsul Egeas para impedir que hoy lo mismo que ayer se rinda culto al verdadero Dios?

Egeas es reputado entre nosotros por un hombre cruel y enemigo irreconciliable de los cristianos. Por el amor que te profeso; te digo que no concites contra tí sus iras, porque ese hombre no dudaría un punto en sacrificarte.

— ¡Bah! ¿Qué pueden los hombres contra la voluntad de Dios? Quizá ese mismo Egeas, que te parece tan cruel, sea el primero en reconocer y confesar la divinidad de Jesucristo. Vamos, Jebós, vamos al templo, y ceda todo al servicio de Dios.

Andrés se dirigió al templo, seguido de Jebós, y al llegar á las inmediaciones del mismo, le salió al encuentro una mujer, que sin duda le estaba esperando en el zaguán de una casa.

— ¿A donde vais, señor? le dijo; procurando recatarse por temor sin duda de ser observada por los transeúntes.

— Me dirijo al templo como de costumbre, le contestó el Apóstol.

El templo no era otra cosa que un gran caserón convenientemente decorado, donde Andrés reunía á los fieles para explicarles la doctrina Cristiana é informarles en la fe.

— No vayáis al templo, mientras permanezca Egeas en esta ciudad, repuso aquella buena mujer; porque á nadie encontraréis en él. Todos tememos las crueldades de ese hombre, que se gozará extremando su rigor contra los cristianos. Se dice que no le trae á Patras otro objeto que el de castigar á los que hemos dejado de rendir culto á los dioses del imperio: ha traído consigo gran número de legionarios romanos, y el pueblo está lleno de temor. Escondednos unos días, y os libraréis del peligro. Venid conmigo y yo procuraré ponerlos en sitio seguro.

— El miedo te hace hablar sin cordura, mujer. La religión verdadera no es religión de acomodados, ni puede estar sujeta al capricho de un déspota. La misión del Apóstol no cede á los peligros. Dices que el pueblo está atemorizado por la venida de Egeas y sus legionarios, y que no quieren que se les vea en

el templo cristiano; pues bien; yo iré á casa de Egeas, y le pondré de manifiesto su mal proceder.

— No vayáis, señor, no vayáis, que os exponéis á que os castigue cruelmente.

— Ya te he dicho que no temo á Egeas ni á sus legionarios, y desprecio los castigos que me pueda imponer, y tanto es así, que ahora mismo oír de mis labios la verdad, cosa que tal vez le sea desconocida.

La piadosa mujer, vista la decisión del Apóstol, no insistió más y se retiró.

Andrés tomó la dirección de la casa donde se hospedaba el Procónsul Vale; pero al ver que le seguía Jebós, se volvió y le dijo:

— Retírate, hijo mío. Deja que vaya solo á casa de Egeas.

— ¿Tanto os molesta mi compañía, Maestro?

— No es porque me moleste tu compañía; es porque no quiero exponerte á las iras del Procónsul.

— Donde vos vayáis, puede ir también vuestro discípulo, que tampoco teme las iras del Procónsul, mientras obre con arreglo á la ley de Dios.

— ¿Y si yo te mando que no me acompañes?

— Obedeceré.

— Pues yo te mando que no me sigas.

Ante una orden tan terminante, Jebós se retiró con ánimo de referir á los demás discípulos la resolución del maestro, y Andrés continuó su interrumpida marcha, deseando encontrarse cuanto antes, frente á aquel temido magistrado, cuya sola presencia en Patras imponía á sus habitantes.

El Procónsul habitaba en un magnífico palacio, perteneciente á uno de los más ricos ciudadanos libres de Patras, en el que brillaban á la par todas las riquezas y fastuosa magnificencia del arte pagano. En la entrada ó zaguán del palacio se veían multitud de legionarios romanos, que daban la guardia al representante del Emperador Nerón, y á uno de estos se dirigió Andrés.

— Decid á Antonino Egeas que un discípulo de Jesús quiere hablarle.

Los legionarios se miraron unos á otros como sorprendidos por lo que oían.

— ¿Qué Jesús es ése, á quien tienes por Maestro?

— Mejor haríais en pasarle aviso al Procónsul de lo que os he dicho, que dirigiéndome preguntas como si fuérais vosotros los magistrados. Así, pues, id á repetirle lo que habéis oído, si no preferís que sea yo mismo el que le avise con mi presencia.

Los legionarios, que no esperaban semejante respuesta, temerosos de incurrir en el desagrado de Egeas si dejaban de participar la petición de aquel hombre, para ellos desconocido, llamaron al decurión y éste al centurión, que era el que más directamente se comunicaba con el magistrado, y fué puesto el caso en conocimiento de éste, que le mandó comparecer inmediatamente á su presencia.

— Me han dicho que desear hablarle, le dijo Egeas, apenas vió al Apóstol.

— Y te han dicho la verdad.

— ¿Tú sabes yo quien soy?

— Sé quien eres, y presumo á qué has venido á Patras.

— En ese caso habla sin demora, y sepa yo qué es lo que quieres.

— Quería decirte, ¡oh Egeas! que pues tienes poder para juzgar á otros hombres, reconocieses al Juez que ha de juzgarte á tí y á todos, y reconociéndole, tributaras á su soberana grandeza el respeto que se le debe; y rindiéndole culto de suprema adoración, en lugar del sacrilego incienso que ofreces á esas sacrílegas deidades, las tratas con soberano desprecio.

El asombró de Antonino, al oír las palabras de Andrés, fué tal, que le hizo guardar silencio por un momento, tiempo suficiente para examinarle desde los pies á la cabeza.

El Apóstol sufrió aquel examen sin inmutarse en lo más mínimo, y esperó á que Egeas le contestara; pero éste en vez de contestar le preguntó:

— ¿Tú sabes que, al comparecer á mi presencia, debías haber principiado por decirme tu nombre, profesión y lugar de tu naturaleza? ¿Cómo te llamas?

— Andrés.

— ¿Andrés! ¿Serás tú por ventura aquel Andrés, cuya fama ha llegado hasta mí? Aquel Andrés que hace profesión de destruir los templos de nuestros dioses, y de predicar una nueva religión proscrita por las leyes del imperio?

— ¿Qué leyes? repuso Andrés. Esas leyes en la parte que se refiere á la religión las promulgaron unos príncipes que no conocieron el gran misterio de nuestra Redención, y como el Hijo de Dios desarmó las potestades del infierno, rompiendo las cadenas de nuestra esclavitud, para restituírnos á una gloriosa libertad.

— Y sin embargo, exclamó el Procónsul, ese

que tú llamas Hijo de Dios no pudo impedir que los judíos le prendiesen y le hiciesen espirar ignominiosamente en una Cruz.

— Ciertamente que espiró en una Cruz. Pero ¿dónde hay cosa más gloriosa que la Cruz? En ella murió por nuestro amor y por redimir de la culpa á todo el género humano.

— Poco importaría que hubiese sido crucificado por su voluntad ó contra ella; basta que lo haya sido, para que no merezca ser adorado. Buena traza de reconocer por Dios á un hombre que murió en un madero.

— Grande es tu ceguedad, Egeas; pero quiera Dios que no sea invencible. Escúchame un momento, y procuraré explicarte lo que no sabes ni comprendes. Escucha. Y con toda la sencillez y persuasiva elocuencia, de aquel que está profundamente penetrado de la verdad de la doctrina que expone, principió á explicarle los principales misterios de nuestra sacrosanta religión: la necesidad que el linaje humano tenía de ser redimido después del pecado original; el gran prodigio obrado en la Encarnación del Verbo divino, haciéndose Hombre todo un Dios, sin dejar de ser Dios, y la pasión y muerte sufrida por este Hombre Dios en satisfacción de nuestras culpas y pecados.

Pero Egeas era uno de aquellos hombres obstinados que no quieren comprender; que cierran sus ojos para no ver y sus oídos para no oír; de suerte que los razonamientos del Apóstol, en vez de convencerle, le exasperaron hasta el punto de decirle:

— Un loco solamente es capaz de ensartar tal cúmulo de disparates como acabas de decirme; pero ya estoy harto de oírte y no quiero que se prolongue más esta escena; con que así, déjate de razonamientos y de palabras vanas, y adora y ofrece sacrificio á mi presencia á los dioses del imperio.

Revestido entonces el santo Apóstol de la fortaleza que le inspiraba el sacerdocio del Señor, hizo aquella magnífica, aquella sublime confesión de fe, que llenó de tanto honor al cristianismo, confesión que debería estar escrita con letras de oro y esculpida en mármoles, para que la tuvieran siempre presente los cristianos.

— Adorar yo á esos falsos dioses, dijo: Yo, que todos los días le ofrezco al Dios Todopoderoso, no ya la carne de toros ni la sangre de castrones, sino el Cordero sin mancilla que fué sacrificado en la Cruz; todo el pueblo se sustenta con su carne y con su sangre, y después de sustentado todo el pueblo, se queda tan entero como antes; tan vivo permanece el Cordero después de sacrificado, como lo estaba antes del sacrificio.

¿Quién sería capaz de imaginar la ira que se apoderó del ánimo de Antonino, al oír semejante discurso? En poco estuvo de llevarlo de su furor, no le sacrificara él mismo con sus propias manos, imitando así á su amo el feroz y sanguinario Nerón. Contuvo-se sin embargo; pero no porque un rayo de piedad penetrara en su pecho, sino porque allá en su mente, pensó en hacer más público y más solemne el castigo, para que su ejemplo pudiera servir de escarmiento á los demás.

Inmediatamente dió orden para que Andrés fuera conducido á la cárcel, y tratado en ella como el mayor de los criminales.

Jebós, su discípulo, que había estado esperándole con la mayor impaciencia, le vió bajar, por fin, acompañado de algunos legionarios, que en cumplimiento de las órdenes del Procónsul, le llevaban á empujones, con grandes burlas y risotadas.

— ¡Maestro! exclamó en el momento que Andrés llegaba al pie de la escalera. ¿Cómo se os trata así, á vos que sois la misma dulzura?

— ¿Qué quieres, hijo mío: estos infelices no hacen más que cumplir las órdenes del Procónsul. Pero nada temas por mí. ¿No ves cuán tranquilo me encuentro? ¡Oh! ¡Si tú hubieras visto cómo maltrataron á Jesús, mi Señor y Dios! ¿Cuándo podrán igualarse mis padecimientos al cruento sacrificio de aquel divino Cordero!

Los legionarios que le conducían no le dieron tiempo para pronunciar otra palabra; al reunirse con él al pie de la escalera, le empujaron de nuevo bárbaramente, hasta derribarle en el suelo, y esta brutalidad fué celebrada con grandes risotadas.

Jebós quiso levantarle; pero los legionarios se lo impidieron, obligando al Apóstol á que se levantara por sí solo, sacudiéndole con el extremo de sus lanzas. Andrés se levantó, y pagó aquellos insultos con una sonrisa capaz de desarmar á otros menos empedernidos que aquellos sayones, y de esta suerte fué conducido á la cárcel.

Jebós le seguía á corta distancia llorando. No podía comprender que en pechos humanos cupiera tanta crueldad.

Durante el camino que tuvieron que recorrer, desde la casa de Egeas hasta la cárcel, fué tal el



número de gentes que se fueron reuniendo, todas en actitud nada pacífica, contra los neronianos, que éstos llegaron á temer por su vida. Y en efecto; no lo hubieran pasado muy bien, sin las exhortaciones de Andrés, que no cesaba de encargarles la prudencia.

Noticioso Egeas de la actitud del pueblo, mandó nuevas y numerosas fuerzas que disolvieran los grupos; pero Andrés ya había llegado á la cárcel, y no fué necesario adoptar ninguna medida violenta.

Andrés pasó la noche en la cárcel, orando y ofreciendo á Dios el sacrificio de su vida.

Mil veces, durante aquella noche se le proporcionó la evasión, y otras tantas la rehusó. Hasta el mismo alcaide de la cárcel, sobornado por algunos interesados por el Apóstol, se presentó á él ofreciéndole la libertad; pero no quiso aceptarla. Ardía en deseos de volver á encontrarse frente á frente del Procónsul para hacerle oír de nuevo la palabra de Dios.

No tardó mucho en ver realizado su deseo.

Serían las diez de la mañana del día siguiente, se presentaron en la cárcel los legionarios con gran aparato de fuerzas, y se hicieron entregar al preso, para ser conducido al tribunal que ya se hallaba constituido.

Andrés fué puesto á presencia de los jueces, presididos por Egeas, y se dió principio al capítulo de cargos, que fueron numerosos; aunque todos ellos se reducían á las palabras que había proferido aquél contra los dioses del imperio.

Andrés confirmó con su silencio todo cuanto los testigos tuvieron por conveniente deponer en contra suya, y ni siquiera se le ocurrió pronunciar una palabra en su defensa.

Entonces Egeas levantó la voz y dijo:

— Te hallas convicto y confeso del crimen de que se te acusa, por cuya razón y en cumplimiento de las leyes, debes morir en el suplicio de Cruz; no obstante, las leyes, aunque severas con los culpables contumaces, son benignas con los que se arrepienten y confiesan sus faltas. Aun puedes salvarte; aun puedes eximirte de sufrir el horrible suplicio que te espera, si reniegas de ese Dios á quien llamas Jesús, y reconoces como únicos verdaderos á los dioses del imperio.

Si hasta entonces había el Apóstol guardado silencio, al oír la proposición del Procónsul, lleno de generosa y cristiana indignación, le respondió:

— ¡Oh! Egeas; hijo de la muerte, ¿hasta cuándo has de persistir en tu ceguera y en tu obstinación? ¿Piensas que temo yo los tormentos con que me amenazas? Pues sabete que antes bien los deseo con ardor, y has de saber que ninguna cosa me aflija, sino verte á ti tan distante de los caminos del Cielo. Ten entendido que cuanto más padeciere, más preciosa será la corona que el Señor me tiene preparada; y cuanto más me acerque á la imitación de sus tormentos, más digno me haré de sus divinas complacencias.

Las palabras del Apóstol irritaron á Egeas en tanto grado, que inmediatamente mandó que le azotaran hasta que la sangre corriera por todo su cuerpo.

— Veremos si después de los azotes persistes en tu necia obstinación.

Andrés sufrió con heroica resignación aquel horrible suplicio, sin proferir una queja; antes bien se gozaba en recibir aquellos despiadados golpes que abrían profunda huella en sus carnes, como si le prodigarán dulces caricias.

Vuelto á la presencia del tribunal, en aquel lastimoso estado, fué exhortado de nuevo para que renegara de Dios; pero Andrés, con mayor elocuencia si cabe que antes de ser azotado, exclamó:

— ¿No comprendes, ¡Oh Egeas! que no se debe temer ese tormento que tú me preparas, y que á lo sumo puede durar uno ó dos días, siguiéndose á él la recompensa de una gloria inmortal? Lo que es digno de temerse es el tormento terrible, las penas del infierno, en que tú te vas á precipitar, que jamás han de tener fin, y siempre serán las mismas.

Persuadido Egeas que nada adelantaría con un hombre de aquel carácter, pronunció sentencia, condenando el santo Apóstol á que muriera en una Cruz.

Tan luego como el pueblo supo la sentencia dictada contra Andrés, se presentó á las puertas donde se hallaba constituido el tribunal en actitud imponente y amenazadora, gritando:

— ¿Qué delitos ha cometido ese santo varón, ese amigo de Dios, para ser condenado á muerte? No suframos que se lleve á ejecución tan inicua sentencia.

Jebós y los demás discípulos, y con ellos todo el pueblo, se hallaban dispuestos á conseguir por la fuerza la libertad de su maestro; pero contuvieron la palabra de Andrés que les decía:

— ¿Y sois vosotros los que decís que me amáis? ¿Qué mal os he hecho yo para que os mostréis conmigo tan crueles, queriendo impedir ó retardar mi martirio? ¿No veis mi gozo cuán grande es? ¿Por qué queréis privarme del placer de morir por Jesucristo?

Al escuchar tales palabras, todos se contenían, temerosos de agraviar al mismo que trataban de favorecer, y asistían silenciosos é inermes al bárbaro suplicio, á que el inicuo tribunal le había sentenciado.

Egeas, que llegó á temer por un momento que el pueblo se sublevara en contra suya, cuando le vió tornar á su pacífica actitud, cobró nuevos alientos y mandó que fuera ejecutada inmediatamente la sentencia.

Andrés fué conducido al lugar del suplicio seguido de una inmensa muchedumbre que le contemplaba silenciosa, y cuando estuvo cerca y pudo descubrir la Cruz, no pudo contenerse y exclamó:

— ¡Salve, venerable y santa Cruz, que fuiste consagrada por el cuerpo de mi Señor Jesucristo, que descansó en ti. Antes que muriera en tus brazos este amable Salvador, eras ignominiosa y terrible; pero después que espiró en tu seno el mismo Dios, estás llena de delicias, y los que te conocen suspiran por recibir el último aliento en tus brazos. Saben bien, todos los que tienen fe, los dulces consuelos que se encierran en tí, y no ignoran la gloria que está preparada á los que mueren abrazados contigo. Lleno, pues, de gozo y confianza vengo hoy á tí: ruegote que gustosamente me recibas como discípulo de aquel divino Maestro mío, que pendiente de tí redimió al mundo. ¡Oh amable Cruz, á quien añado incomparable hermosura la dicha de haber servido de doloroso lecho á mi Señor, que es el Dios de la gloria! ¡Oh Cruz, por quien tanto tiempo suspiré! ¡Oh Cruz, que con tanto ardor apetecí! ¡Oh Cruz, que busqué continuamente y que ya en fin logran ver preparada mis amorosas ansias! Recíbeme en tu seno con benignidad; restitúyeme á mi divino Maestro, y tenga yo la dicha de pasar de tus brazos á los de Aquel que en ellos me redimió.

Llegado que hubieron al lugar del suplicio, Andrés fué amarrado á la Cruz, en cumplimiento de las órdenes del Procónsul.

Desde aquel sitio, y á pesar de los violentísimos dolores y crueles sufrimientos que experimentaba en todos los miembros de su cuerpo, exhortaba á los fieles para que perseveraran en la Fe, y menospreciaran los tormentos pasajeros para merecer la gloria inmortal.

Dos días nada menos permaneció en aquel estado sin exhalar una queja; antes bien demostrando en su semblante el placer que experimentaba su alma.

Pero si él sufría con resignación y hasta con placer tan agudo tormento, no así el pueblo, que irritado contra la crueldad de Egeas asaltó su casa, atropellando á la guardia, y no lo hubiera prometido quitarle inmediatamente de la Cruz.

Efectivamente; él mismo se trasladó al lugar del suplicio, para que sus órdenes tuvieran más rápido cumplimiento; pero entonces aconteció un hecho milagroso, que anonadó hasta al mismo Procónsul.

Al dar éste las órdenes para que los verdugos desataran de la Cruz al santo Apóstol, éstos fueron inmediatamente á cumplirlas, pero cuando se acercaban á la Cruz se quedaban sin fuerzas, y sus brazos caían como muertos. Cuantas veces lo intentaron, otras tantas se repitió el mismo prodigio.

Entonces se oyó la voz de Andrés que decía:

— «No permitáis, Señor, que baje de la Cruz vuestro humilde siervo, ya que le hicisteis la gracia de que fuera puesto en ella por la confesión de vuestro santo nombre, dignaos recibirme en vuestras manos, penetrado del conocimiento de vuestras grandezas, que he debido á la luz que me comunicó este suplicio. En Vos soy todo lo que soy: tiempo es ya de que me vuelva á unir á Vos como centro de todos mis deseos, como objeto de todas las amorosas ansias de mi amante corazón.»

Apenas hubo terminado la última palabra, las innumerables gentes que con lágrimas de dolor le estaban contemplando pudieron ver con asombro que una brillante luz, cuyo resplandor apenas podía sufrirse, bajaba de los cielos y rodeaba el cuerpo del santo Apóstol.

Poco á poco fué desapareciendo aquella hermosa luz, hasta extinguirse por completo: era que el alma de aquel justo, saliendo de su estrecha cárcel, había sido llevada á las regiones empíreas á gozar de las delicias celestiales, en justa recompensa de sus grandes merecimientos.

La inmensa muchedumbre que había presenciado aquel estupendo prodigio se retiró triste, silenciosa,

y vivísimamente impresionada en tales términos, que muchos que habían tenido cerrados hasta entonces sus ojos á la divina luz creyeron y pidieron con grandes ansias el bautismo. Acaeció el martirio y muerte de Andrés en 30 de Noviembre del año de gracia de 63, y aquella memorable fecha no se borrará jamás de la memoria de los católicos.

#### EPÍLOGO.

Volvamos á Betsaida, á la hermosa ciudad de Galilea, situada á la embocadura del Jordán en el mar de Tiberiades: volvamos á recorrer aquellas calles que ya nos son conocidas, por haber dado principio en ellas nuestro histórico relato, y dirijámonos á la casa del anciano Julias. No habrá necesidad de llamar á la puerta, porque la encontraremos abierta de par en par. Entremos.

A primera vista, no dejará de sorprendernos cierto movimiento inusitado é impropio de las costumbres que siempre observaron los moradores de aquella casa, y aun nos sorprenderá más la circunstancia de no ver en ella, ni á Julias ni á su hermosa hija Betsabé, la esposa de Andrés el pescador.

Pero no retrocedamos; preguntemos á cualquiera de aquellas mujeres que entran y salen, llevando impreso el dolor en su semblante por los dueños de aquella casa, que dejamos en otro tiempo llenos de salud y rebosando felicidad.

— Dios te guarde, buena mujer. ¿Podrías decirme si vive aún en esta casa Julias?

— Esta es la casa donde moró Julias; pero hace dos años que dejó de existir aquel justo y santo anciano.

— ¿Y su hija Betsabé, la esposa de Andrés?

— Esa aun podéis verla, aunque os será difícil hablarla, porque en este momento está espirando.

— ¿Que me decís? ¿Eso es cierto?

— Como lo acabáis de oír.

— ¿Y de qué enfermedad?...

— No se sabe; ó por lo menos, los médicos no aciertan á definirla. Hace tres días estaba buena, y se la veía salir de casa para cumplir los preceptos de la ley cristiana, y ella misma repartía por su propia mano la limosna que diariamente daba á los pobres; pero desde hace tres días principió á sentirse enferma, sin adivinar la causa de su enfermedad, enfermedad que ha hecho tan rápidos progresos que, ya lo veis, en este momento está espirando.

En efecto, aun no habría terminado de pronunciar aquella mujer las últimas palabras, se le acercó otra y le dijo:

— Betsabé acaba de espirar.

Era el 30 de Noviembre del año de gracia de 63, á las diez de la mañana. En aquel mismo momento había entregado también su alma á Dios el esposo de Betsabé, Andrés el Pescador.

Sus dos almas debieron llegar unidas á los pies del trono del Altísimo.

## EL ARTE RELIGIOSO

(Continuación.)

D. BUENAVENTURA SALESA, pintor de historia de alto crédito, nació en Borja en 1756, y trasladado á Madrid cuando contaba pocos años, se dedicó á la pintura, manifestando desde luego tales disposiciones, que en 1772 alcanzó el premio segundo de la tercera clase en el concurso de la Real Academia de San Fernando. Pensionado por el rey para pasar á Italia, remitió desde Roma en 1784 á dicha Academia *Santa Catalina y El entierro de Jesucristo*, copias ambos lienzos de Rafael de Urbino. Es autor del retrato del Arzobispo Lezo de Palomeque, existente en la Casa de Misericordia de Zaragoza y de *La Anunciación de Nuestra Señora*, cuadro de grandes dimensiones, copia de Mengs, en la iglesia colegiata de Alcañiz.

D. GONZALO SALVÁ, hijo del conocido bibliógrafo valenciano del mismo apellido, nació en Valencia en 1845 é hizo sus primeros estudios bajo la dirección de D. Rafael Montesinos, y posteriormente en la Escuela superior de Bellas Artes de Madrid y en París. En la actualidad es catedrático de la Escuela de su ciudad natal. Conocemos de este artista las siguientes obras religiosas: *San Rafael*, de tamaño natural; *La celebración de la Misa en una casucha de Aragón*; *El Cura de una capilla de las afueras de Valencia bendiciendo á los animales domésticos que le presentan*; *Cristo ante el tribunal de Pilatos*, y *El entierro del Salvador*, para la iglesia de Chelva. Muchas de sus obras han figurado en diferentes Exposiciones, siendo premiado su autor en la regional de Valencia de 1867 con medalla de plata.



D. RAMÓN SALVATIERRA Y MOLERO, nació en Madrid en 19 de Febrero de 1829 y fué discípulo en un principio de D. Vicente López, y posteriormente de D. Juan Ribera y de las clases de la Academia de San Fernando. Son de su mano un lienzo representando *La fundación de un colegio religioso*, para la Espluga de Francolí (Tarragona), y para la Escuela Pia de San Fernando, un *Retrato de medio cuerpo del Padre Juan Cayetano Losada* y *Una Virgen de las Escuelas Pías*, regalados por el autor.

D. JOSÉ SANCHÁ Y VALVERDE, distinguido ingeniero de caminos y pintor de afición. Fueron sus maestros D. Vicente y D. Eduardo Jimeno, adquiriendo el Sr. Sanchá, bajo su dirección, el dibujo correcto y seguro que se observa en sus innumerables trabajos. Citaremos aquí sus cuadros siguientes: *Santa Rita*, *Santa Bárbara* y *La Virgen de la Esperanza*.

D. ANTONIO BERNARDINO SÁNCHEZ, nació en Peñaranda de Bracamonte en 20 de Mayo de 1814. Ganada por él, mediante oposición pública, la cátedra de profesor de dibujo de la Escuela de Avila, abandonó la carrera de medicina y se dedicó en absoluto a la enseñanza. En la Exposición Nacional, celebrada en Madrid en 1858, expuso dos interiores: *La Basílica de San Vicente de Avila* y *La Capilla de la Anunciación* (vulgo Mosen Rubí). Son igualmente obras de este artista tres *Interiores de la catedral de Avila*, dos de los cuales figuraron en la Exposición Nacional de 1871; *Un interior de la iglesia de San Vicente de Avila* y *Una hermana de la Caridad*, que presentó en la Exposición de Avila de 1882.

D. PEDRO SÁNCHEZ BLANCO, nació en Madrid en 1833 y estudió los principios de dibujo bajo la dirección de D. Inocencio Borghini, pasando a los dos años al estudio de D. Carlos Ribera, con el que tomó la paleta y los pinceles, hasta que fué pensionado por la Academia de Nobles Artes de San Fernando, de cuyas clases superiores fué también discípulo, y salió para el extranjero en Junio de 1857. Durante algunos años siguió residiendo en París y Bruselas, completando su educación artística con los profesores Dauzats, Bellet y Roulof, hasta que, terminado en 1860 el tiempo prefijado a su pensión, regresó a España y fijó su residencia en Madrid. Sus obras religiosas son: *Los tres ángeles anunciando a Abraham que Sara su mujer tendrá un hijo*, primer cuadro original del autor, que en 1849 figuró en la Exposición de la Academia de San Fernando; *La Virgen de las Angustias*, de tamaño natural, para un oratorio particular; para una capilla de la provincia de Valencia, propiedad de D. Ricardo Starico, *San Pedro*, *San Ricardo* y *los Sagrados Corazones de Jesús y María*, todos de medio cuerpo y tamaño natural; una *Virgen de los Dolores*, al óleo, de medio cuerpo, propiedad de la marquesa de Torre-Pando; una *Asunción*, para el oratorio de D. F. G. Acebo; dos figuras, de una vara de alto, representando *El ángel de la oración* y *El ángel de la tristeza*, para el oratorio de los marqueses de Santa Marta. En el mausoleo de D. F. Muguero, *Un Salvador*, de tamaño natural y *Dos ángeles*; un cuadro al óleo, de dos varas de alto, que representa *Un alma subiendo al cielo*, existente en París; *La Cara de Dios*, en el monumento de Semana Santa de la iglesia parroquial de San Ginés, y otros trabajos de igual índole.

DOÑA CECILIA SÁNCHEZ PESCADOR, hija del distinguido cincelador del mismo apellido y notable pintora de afición, fué discípula de los profesores D. Vicente Jimeno y D. José Méndez, al último de los cuales auxilió en diferentes obras, entre ellas *Los Evangelistas*, para el templo de San Jerónimo de Madrid.

D. JOSÉ SÁNCHEZ PESCADOR, hijo asimismo del reputado cincelador de este apellido, nació en Madrid en 30 de Enero de 1839 y estudió en las clases de la Escuela superior de Pintura y bajo la dirección particular de D. Federico de Madrazo. Falleció en 1886. Es obra de este fecundo y distinguido pintor *La Santísima Trinidad*, con figuras de la mitad del tamaño natural, para la iglesia de Javalquinto.

D. MANUEL SÁNCHEZ Y RAMOS, natural de Sevilla. Débese a este pintor el *Retrato del Sr. Obispo de Córdoba*, *Fray Ceferino González*.

D. MANUEL SÁNCHEZ RAMOS, natural de Avila, discípulo de su padre D. Bernardino. En la Exposición de Madrid de 1876 presentó: *Interior del crucero de la izquierda y parte de la trasera de la catedral de Avila*; *Idem de la reja de la capilla de Nuestra Señora de las Cuevas en un ángulo del claustro de la misma catedral*. En la celebrada en esta capital en 1872 presentó *La nave mayor de la catedral*.

D. JOSÉ SÁNCHEZ Y MARQUEZ, natural de San Fernando y profesor de dibujo del Colegio Naval militar. En la Exposición de Cadiz de 1879 presentó un

*Retrato del Obispo de la Diócesis*, que fué premiado con medalla de bronce.

D. SALVADOR SANCHÍS Y HERRAEZ, nació en Chiva en 1844 y estudió la pintura en la Academia de San Carlos de Valencia. Es autor de tres asuntos religiosos, originales y elogiados por la prensa valenciana.

D. SALVADOR SANCHE, mallorquín, hijo de don Esteban, también pintor y conocido por *El Manco*. El D. Salvador pintó en la catedral de Palma las telas de la capilla de las almas; dos lienzos grandes en la capilla del Santo Cristo de Solter, en la iglesia de Jesús María; el cuadro principal de la capilla del Beato Lulio, en Andraitx; los de las capillas de la Circuncisión, *La disputa con los Doctores* y *La calle de la Amargura*, en la iglesia del Hospicio. Además de las pinturas referidas hizo para la capilla del Beato Simón de Rojas todas las telas, inclusa la principal, que está hoy en la iglesia parroquial de San Miguel. Murió en Palma a 11 de Marzo de 1814.

D. RICARDO SAN JUAN Y TAENGUA, discípulo de la Escuela de Bellas Artes de Sevilla. En 1874 hizo para el Teatro de Cervantes, donde se representó la loa *El cuadro de San Antonio*, la copia de dicho lienzo, que se exhibió en la última escena de aquel trabajo.

FRAY FRANCISCO DE SAN PABLO, carmelita descalzo. En la Exposición iniciada en 1803 por la Real Junta de Comercio de Barcelona presentó un *San Elías*, al óleo.

D. FRANCISCO SANS Y CABOT, natural de Barcelona, donde vió la luz en 9 de Abril de 1828. Este fecundo y notabilísimo artista fué autor de los *Dos Evangelistas* que debían hacer juego con los de Rosales en el templo de Santo Tomás de Madrid, cuyo boceto regaló el Sr. Sans en 1879 para la rifa abierta por el Ateneo de Madrid en favor de los inundados de Murcia. Dirigió el Museo Nacional desde 1873 hasta su fallecimiento acaecido en 5 de Mayo de 1881.

DOÑA JOSEFA SANS Y DE GREGORIO. En la Exposición pública celebrada en Barcelona en 1803 presentó un dibujo de *San Juan Bautista*.

D. JUAN BAUTISTA SANSANO. En la Exposición Nacional de Madrid de 1871 expuso dos miniaturas: *La Cena* y *El Salvador*, copia esta última de Juan de Juanes. Ha obtenido justos premios en otros certámenes.

D. ROMÁN SANZ, nació en Sacedón, provincia de Guadalajara, en 28 de Febrero de 1829. Sus obras religiosas son: el camarín de Nuestra Señora del Socorro, que pintó en su pueblo; otra capilla en Salmerón, propiedad del capitalista Sr. Alviñá, y las cuatro pechinas que ornan la capilla denominada de la Misericordia en la iglesia parroquial de San Sebastián de Madrid.

D. LUIS SANZ JIMÉNEZ, pintor de historia, muerto en los primeros años del siglo, autor de los cuadros de los altares colaterales de la capilla de Nuestra Señora de la Guía, en la catedral de Granada.

D. RAMÓN SARRIÓ Y PAYÁ, pintor residente en Valencia. En un certamen celebrado en 1881 en Tarragona como homenaje al Sagrado Corazón de Jesús fué premiado con una mención honorífica.

D. PAULINO SAVIRÓN Y ESTEBAN, pintor, natural de Alustante (Guadalajara), donde nació en 1827. Es autor de *San José con el Niño Dios*, pintado para el gremio de carpinteros de Zaragoza; de una *Santa Lucía*; de un lienzo de grandes dimensiones para el altar mayor de la iglesia de Monreal del Campo, que representa *La aparición de Santiago Apóstol en la batalla de Clavijo*, celebrado por artistas é inteligentes. También restauró una preciosa tabla florentina, representando *El nacimiento de San Juan Bautista*.

D. CARLOS SEGOVIA, natural de Madrid y discípulo de los Sres. Alfonse Esler, Lallave y Pressler. En la Exposición de Madrid de 1881 presentó un dibujo a pluma de *La Concepción de Murillo*.

D. SALVADOR SEIJAS Y FARNACHO, natural de Fuentes de Nava (Palencia), discípulo de la Escuela de Bellas Artes de Valladolid y de D. Agapito de San Román. En la Exposición Nacional de 1878 presentó: *Cristo muerto*. También es de su mano un cuadro de *La conversión de San Pablo*.

D. NARCISO SENTENACH, natural de Sevilla. En la Exposición de Cadiz de 1879 presentó el cuadro *Jesucristo*.

D. ENRIQUE SERRA, nació en Barcelona en 1859 y estudió el dibujo y la pintura con grandes dificultades, por la precaria situación de su familia, hasta que el artista Sr. Talamá, descubriendo sus felices disposiciones, influyó para que fuese pensionado a seguir sus estudios en Roma, por el Sr. Marqués de Castellvell. Sus obras religiosas son: *Un retrato de León XIII*, *Nuestra Señora de Montserrat*, con destino al Vaticano, y *Una procesión en la campiña*.

En 1883 obtuvo la medalla de perfección en Villanueva y Geltrú.

D. JAIME SERRA Y GIBERT, pintor catalán. Construyó, para una iglesia de Barcelona, un altar, incluso el cuadro del centro con la figura de *El Salvador*. Falleció en la expresada población en 27 de Julio de 1877.

D. JOSÉ SERRA Y PARAJÁ, natural de Vigo y discípulo de D. Dámaso Garrote. Tenemos conocimiento de un cuadro suyo que representa *La capilla de Con*, en que reposó algunos años el cadáver de Mendez Nuñez.

D. JOSÉ SERRA Y PORSÓN, natural de Roma. En las Exposiciones provinciales de Barcelona verificadas en los últimos años presentó, entre otros muchos asuntos, *Un fraile en oración* y *Una mártir*.

D. JOSÉ ANTONIO SERRATE, pintor valenciano, autor de una copia de *La Dolorosa*, de Salcillo.

M. DE A.

(Se continuará.)

## JUBILEO SACERDOTAL DE SU SANTIDAD LEÓN XIII

El muy ilustre señor don Francisco de Pol, Vicario general del Obispado de Barcelona y Vicepresidente español de la Comisión Central de Bolonia, promotora de las Bodas de Oro de Su Santidad, ha enviado a los Rdmos. Sres. Obispos de España los bonos pontificios que acreditan las diócesis de nuestra patria por las limosnas recogidas con motivo del Jubileo Papal hasta el 31 de Diciembre del año próximo pasado. Los bonos enviados representan la cantidad de 37.110 pesetas.

He aquí cómo describe *La Unita Cattolica* el nuevo papel:

« Los bonos pontificios se asemejan a los billetes de Banco, aunque tienen más arte y más belleza. Son de siete clases y colores: de L. 10, de L. 20, de L. 25, de L. 50, de L. 100, de L. 500 y de L. 1.000. Todos tienen igual dimensión, 0,13 de altura, 0,24 de anchura. A un lado en una preciosa orla se ve al Ángel de la Religión que levanta en alto la bandera del nombre de Jesús, bajo la que se lee *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat*. En medio el escudo de León XIII sostenido por dos ángeles. Al otro lado el globo terráqueo, y sobre él la cruz que dice: *Stat Crux dum volvitur orbis*. Después una alusión al Santo Sacrificio de la Misa, según la profecía de Malaquías, esto es, el sol que se levanta y se oculta tras los montes, repitiendo el vaticinio: *Ab ortu solis usque ad occasum offertur oblatio munda*. Y sobre esto los angelitos de la caridad que llevan la ofrenda. A la cabeza del billete se lee: *Jubileo Sacerdotale del sommo Pontefice Leone XIII*. En medio *Vale dieci* (ó veinticinco ó cincuenta, etc.) *lire da offrirsi al Santo Padre Leone XIII in occasione di suo Jubileo Sacerdotale, depositate presso la Segreteria di Stato per conto della Diocesi di...* Sigue la fecha, sello y firma del Secretario de la Administración de los Bienes de la Santa Sede.

« En el respaldo de los bonos se ve en medio la plaza y la Basílica de San Pedro, rodeada de las otras cuatro Basílicas: la Lateranense, Santa María la Mayor, San Pablo y San Lorenzo extramuros. La cruz envía sus resplandores a la Basílica y al Palacio Vaticano, en derredor del que corre un bello friso con la inscripción: *Oremus pro Pontifice nostro Leone, Dominus conservet eum et vivificet eum in terra et non tradat eum in animam inimicorum ejus*. Van en el friso intercalados escudos con emblemas, el cáliz de la Fe con la Hostia Santa, el áncora de la Esperanza, la Caridad y la Unión fraternal, y así por el estilo.

« Como estos bonos deben servir para todo el mundo católico, su valor indicado por letra en moneda italiana viene después repetido en francos franceses, libras esterlinas, marcos alemanes y dólares americanos. Así en un bono de 100 liras se lee en las esquinas: *Bon pour 100 francs. Good for 4 pounds sterling. Gut fur 40 mark. Good for 20 dollars.* »

El Arzobispo de Granada ha aceptado el encargo de depositar a los pies de Su Santidad León XIII el presente que con motivo de sus Bodas de Oro hace al Papa la Junta diocesana de aquella capital, y que consiste en una papelería árabe de extraordinario mérito y valor artístico.

Por su parte, el Sr. Moreno Mazón ha adquirido de su bolsillo particular, como obsequio al Sumo Pontífice, dos preciosas cómodas, estilo antiguo, muy semejantes a las que existen en la sacristía de la Cartuja de Granada. Son de cedro, con incrusta-



ciones de plata, nácar y palo santo, y en el tablero superior llevan una plancha en que se lee la siguiente dedicatoria:

«Al Gran Pontífice León XIII en su Jubileo Sacerdotal, año 1887. — José Moreno Masón, Arzobispo de Granada, en España.»

La Junta diocesana de Tortosa ha celebrado un Triduo, comunión general y peregrinación á un Santuario, por los fines del Jubileo Sacerdotal de Su Santidad. El Secretario de Estado, Cardenal Rampolla, ha telegrafado á dicha Junta, dando las gracias en nombre del Pontífice y enviándole su bendición.

PERÚ. *Cajamarca.* — Varias señoras y señoritas han empezado á trabajar el rico presente con que se proponen concurrir á la Exposición Vaticana para manifestar su acendrado amor á la religión católica y sincera adhesión á la causa del Pontificado romano, con ocasión de las Bodas de Oro de Su Santidad León XIII; y á fin de que ninguna de las cajamarquinas deje de estar representada en la expresión de tan nobles sentimientos, hase dirigido una circular pidiendo un óbolo para llevar á cabo de un modo digno tan bella empresa.

Lima. — Mons. Medina y Mons. García Irigoyen, como presidente y secretario de la Junta diocesana para la celebración del Jubileo Sacerdotal, han empezado á pedir de puerta en puerta una limosna para el Sumo Pontífice, á fin de que la diócesis de Lima esté dignamente representada en la gran ofrenda que los católicos de todo el mundo pondrá á los augustos pies del gran León XIII el día de sus Bodas de Oro.

Cusco. — Las Terciarias franciscanas preparan una hermosa *palia* (estola) blanca, bordada con oro y colores en alto relieve.

Los señores de la misma Orden se proponen ofrecer un anillo de oro de gran valor é importancia por su significado.

Las Clarisas franciscanas van trabajando una muçeta ó cota de lino bordada y de primorosas labores. Aquella Junta diocesana empieza á cosechar los frutos de sus constantes desvelos.

Trujillo. — Se ha instalado la Junta diocesana para la celebración de las Bodas de Oro de Su Santidad y estudio de los medios que deben ponerse en práctica para conseguir su objeto.

Establecida la «Pequeña Asociación del amor filial» en favor del Santo Padre, cuenta ya en Trujillo con cuatrocientos socios, y la Junta diocesana se propone darle toda la extensión posible.

## NOTICIAS

Uno de los religiosos capuchinos que se encuentran en Manila ha recibido de su reverendísimo Padre Provincial Fray Joaquín una interesante carta desde Santa María de Yap, á la que pertenecen los párrafos que siguen:

«Santa María de Yap 5 de Marzo 1887.

Amadísimo Padre Bernardo: Como ya sabe vuestra paternidad, el 10 de Febrero á las nueve de la noche salimos de Pollox con rumbo á esta isla. Después de un viaje de prueba y sin fondear en las Palaos por causa del temporal, llegamos felizmente á este puerto el 18 á las diez de su mañana.

No bien hubo fondeado el pavor, cuando ya el bote de la famosa Doña Bartola andaba dando vueltas alrededor de nosotros, saludándonos con patriótico entusiasmo. Apenas nos vió á los capuchinos, volvió á dar la *buena nueva* á nuestros misioneros, y los tres Padres vinieron de seguida al vapor en el mismo bote de doña Bartola, quedando como enajenados de alegría al vernos en su compañía.

¡Gloria y alabanza al rey de los cielos, porque así consuela á los suyos!

Lo que aquí pasó al vernos, la pluma no puede declararlo... Ya no me acordaba, carísimo Padre mío, de los trabajos y peligros anteriores; tenía delante á mis queridos hijos, los veía buenos, celosos por la gloria de Dios, llenos de espíritu de sacrificio por la salvación de las almas... los abrazaba, recibía sus tiernos abrazos y éramos todos felices.

Saltamos á tierra y nos dirigimos á la casa-misión, situada en un bonito alto que domina toda la bahía y lugar de la colonia española. Por el camino saltaba de contento, y al verme en esta región, donde el Señor ya ha principiado á obrar sus misericordias, no sabía lo que me pasaba. Ya estábamos cerca de la casa, cuando los tres hermanos que se habían quedado en ella, sin saber quienes éramos, tuvieron la feliz ocurrencia de salir á recibirnos procesionalmente con la cruz, ciriales, y á vuelo de campana, y

nos introdujeron en el pequeño y devoto oratorio, donde cantamos el *Te Deum* en acción de gracias por la feliz llegada, con todo el entusiasmo de que es capaz el religioso capuchino que siente latir en su corazón el amor de Dios y de las almas. Luego pasamos al pequeño refectorio, y nos obsequiaron con cocos, que era lo que á la sazón tenían más á mano para refrescar. *Bendito sea Dios y mil veces bendito su Santo Nombre.*

No puede figurarse el afecto que he cobrado á estos indios en los pocos días que llevo en ésta. Todo el día estoy rodeado de ellos. Son dóciles, amables y fáciles en creer lo que se les enseña; acuden á nuestra casa de todas partes, y nos traen cocos, cerdos y gallinas, etc., etc. Durante mi permanencia en esta, he verificado algunas expediciones á distintos puntos de la isla para hacerme cargo del carácter y costumbres de los naturales, etc. Llenándome de consuelo la disposición en que se hallan para recibir las gracias del cielo.

Para cuando nos veamos los demás, Dios mediante, pues me anuncian que saldremos esta tarde para Ponape, allí permaneceremos hasta la llegada de la *María Molina*, y si por todo Mayo no llega, dicen que á primeros de Junio zarparemos otra vez para ésta y Manila.

No nos olviden en sus oraciones, y pidan á los Sagrados Corazones nos asistan en nuestra noble empresa.»

En Gibraltar se está construyendo un templo al Sagrado Corazón de Jesús, *para desagraviar*, según declaran sus fundadores, *á la infinita majestad de Dios por la bárbara destrucción de templos y horribles sacrilegios cometidos no hace muchos años en España y en Francia.* Sus tres magníficas naves, de las que hay terminados varios arcos y cerradas sus bóvedas, se concluirán dentro de un año. Lo delicado de las labores compete en dicha obra con lo macizo y sólido. El Gobierno inglés, siendo protestante, concedió un solar de 11.000 metros cuadrados, estimados en 40.000 pesos, y las principales autoridades protestantes de Gibraltar dieron cantidades respetables. Se han gastado ya más de 100.000 duros.

Muy en breve se fundará en Roma una institución en beneficio de la instrucción y perseverancia de las pobres mujeres que pertenecen á la clase obrera, por iniciativa de las hermanas del Perpetuo Socorro.

Estas organizarán en su convento, situado en Via Merulana, unos piadosos ejercicios espirituales para preparar á las jovencitas á la primera comunión, y establecerán una escuela para conservar en las mismas los frutos realizados en aquellos ejercicios.

## NECROLOGÍA

En Murcia ha fallecido, víctima de sus deberes caritativos, la sierva de Jesús Sor Dolores de Jesús Maistegui.

Los últimos instantes de su existencia fueron hondamente conmovedores, pues la Hermana no cesaba de invocar los nombres del Redentor y de su Purísima Madre. Según prescripción de su Regla, las Siervas de Jesús han de saber cuándo se acerca su último momento y la enfermedad de que fallecen; en cumplimiento de ello la Superiora se acercó al lecho de Sor Dolores poco antes de espirar, y la dijo con sentida frase: — ¿Sabe, hermana, que va á morir? — Sí, madre mía, sí lo sé, contestó la sierva; ya hace días que hice á Dios el sacrificio de mi vida, y sé que Dios lo ha aceptado. — Y bien, ¿sabe cuál es la enfermedad de que muere? — También lo sé, respondió; muero de la misma enfermedad que tenían mis enfermos de la calle de la Greña.

Poco después las religiosas, en derredor de la cama, rezaban los salmos penitenciales, y entre suspiros de abrasada caridad volaba al cielo el espíritu de Sor Dolores de Jesús, dejando entre los brazos de sus hermanas su cuerpo dormido con el sueño de la muerte.

También han fallecido recientemente:

En Zaragoza el muy ilustre Sr. D. Julián Martínez y Sanz, Canónigo de aquella Santa Iglesia Metropolitana.

En Pamplona el capuchino exclaustro Fray Juan Lucas de Olejua, capellán jubilado de aquella santa Iglesia Catedral.

En Valencia el Sr. Deán y Rector del Seminario D. Baltasar de los Reyes Palmerol.

En Lerma Fray José Gonzalez, dominico, á los 76 años de edad, y 59 de profesión.

En Sevilla Sor Justa de San Francisco de Sales, de la comunidad de la *Madre de Dios*.

En Manzanares el distinguido periodista católico D. Miguel González Elipe.

En Manila el P. Fray Francisco Agtiera, cura párroco de Dumangas, Iloilo, cuando se disponía á regresar á España acompañando al Comisario general de PP. Agustinos, después de cincuenta y seis años de ausencia de la madre patria.

## ARTICULOS RELIGIOSOS

25, Preciados, 25

(Frente á la Plaza del Callao)

ESTATUAS RELIGIOSAS

OBJETOS DE ARTE

Especialidad en adornos y recuerdos para cementerios, muy principalmente en coronas fúnebres, todo procedente de las primeras fábricas de París y Viena.

25, Preciados, 25, Madrid.



Tipografía de los Huérfanos, Juan Bravo, 5.

## BANCO DE ESPAÑA

Los interesados que tengan en depósito en este Banco los valores que se expresan á continuación pueden presentarse en las oficinas del mismo desde el miércoles 13 del actual, de una de la mañana á tres de la tarde, á percibir los intereses vencidos en 1.º del actual:

Billetes Hipotecarios del Tesoro de la Isla de Cuba. (Emisión de 1880.)

Id. id. id. id. (Emisión de 1886.)

Acciones de Obras Públicas.

Id. del Banco Hipotecario de España.

Id. del ferrocarril de Madrid á Zaragoza y á Alicante.

Obligaciones de la Sociedad Altos Hornos y Fábricas de hierro y acero de Bilbao.

Id. del Tranvía de estaciones y mercados.

Id. del ferrocarril del Norte de España.

Id. id. de Madrid á Zaragoza y á Alicante.

Id. id. de Córdoba á Sevilla.

Id. id. de Sevilla á Jerez y Cádiz.

Id. id. de Tudela á Bilbao.

Id. id. de Langreo á Gijón.

Id. id. de Barcelona á Zaragoza.

Id. de prioridad del ferrocarril de Zaragoza á Pamplona y Alsasua y de Zaragoza á Barcelona.

Madrid 12 de Julio de 1887. — El Vicesecretario, *Gabriel Miranda*.